

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

EL COLECCIONISTA DE CEREBROS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

279 — Aquí vive el Diablo, *Clark Carrados*.
280 — Las morbosas, *Curtis Garland*.
281 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*.
282 — ¡Déjame dormir en mi tumba!, *Clark Carrados*.
283 — Cadáver-puzzle, *Adam Surray*.

JOSEPH BERNA

EL COLECCIONISTA DE CEREBROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 284
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.030 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Barry Stevens, reportero de El Eco de Los Angeles, uno de los periódicos de mayor difusión con que contaba la popular ciudad californiana, detuvo su coche, un magnífico descapotable azul, a pocos metros del acantilado.

Barry, un joven de elevada estatura y atlética complexión, vestía un traje claro, ligero y fresco, muy apropiado para el clima reinante en aquella época del año, con el verano prácticamente a un tiro de piedra, como vulgarmente se dice.

Se volvió hacia Doris Remick, la joven que le acompañaba, modelo publicitaria de profesión.

Doris era una monada de chica.

Tenía el pelo rubio, largo y sedoso, y los ojos azules.

Así le gustaban a Barry, rubias y de ojos azules.

Y delgadas.

Hombre, excesivamente delgadas, tampoco.

Si todo son huesos, poco placer se puede obtener al abrazar a una mujer.

Pero éste no era el caso de Doris Remick.

Doris tenía los kilos justos.

Y perfectamente distribuidos.

Bastaba darle una ojeada general, para darse cuenta de que todo medía lo que debía medir.

Que tenía las curvas necesarias, vamos.

Barry Stevens se sintió de pronto piloto, de bólidos de Fórmula 1 y quiso recorrer todas aquellas curvas, una por una.

No pudo recorrer ninguna.

—Prohibido tocar —advirtió Doris, sujetándole la mano que había partido en busca de su cadera.

—¿Hay peligro de contagio? —preguntó Barry.

—Sí.

—No me digas que acabas de pasar la gripe.

—Peor.

—¿Peor...?

—He pasado el sarampión.

—Un poco tarde, ¿no?

—¿Me estás llamando vieja?

—¿Cómo voy a llamarte vieja, si sólo tienes veintidós años?

—¿Tú lo has pasado ya?

—¿El qué?

—El sarampión.

—Oh, sí. Lo pasé a los ocho años.

—¿Y cuántos tienes ahora?

—Veintiocho.

—Entonces, hace ya veinte.
—¿Veinte qué?
—Años que pasaste el sarampión, hombre.
—Sí, justo.
—Son demasiados.
—¿Demasiados para qué?
—Podrías volverlo a pasar.
—¿El sarampión?
—Sí.
Barry Stevens se echó a reír.
—No digas tonterías, Doris. El sarampión sólo se pasa una vez.
—Hay personas que lo pasan dos veces.
—Bueno, pues a mí no me importaría volverlo a pasar, siempre y cuando seas tú quien me lo contagie —repuso Barry, intentando abarcar la cintura femenina.
Doris le frenó de nuevo.
—Barry, por favor.
—¿Qué es lo que me pides por favor?
—Que me respetes.
—¿Y acariciarte es faltarte al respeto?
—¿Para qué me has traído a este lugar?
—Porque desde aquí arriba se ve el mar, y a mí me encanta contemplar el mar. Especialmente ahora, al atardecer. Pensé que a ti también te gustaría.
—Y no te equivocaste. Me gusta contemplar el mar. Especialmente al atardecer, como a ti. Pero también me gusta ver gente a mi alrededor. Y por aquí no se ve una rata.
—Si vieras una rata, te pondrías a chillar.
—No hagas chistes. Sabes perfectamente lo que quise decir. No me gastan los lugares solitarios.
—A mí, sí. Son más románticos.
—Y más peligrosos.
—¿En qué sentido?
—Si te diera por atacarme, nadie podría acudir en mi defensa.
—¿Atacarte...? —pestañeó Barry.
—Sí.
—¿Yo a ti?
—Sí.
—¿Por qué iba a hacer una cosa así?
Soy una mujer, Barry.
—Ya me he dado cuenta —repuso el reportero, bajando
Ia mirada un instante y observando los erguidos pechos femeninos, que se adivinaban totalmente libres bajo la liviana blusa.
—Y tú eres un hombre.
—Eso no lo dudes.

—Hay hombres que no saben controlar sus deseos, y cuando una mujer no les da voluntariamente lo que ellos quieren, lo toman por la fuerza.

—Yo, por la fuerza, sólo he tomado aceite de ricino.

—Otro chiste, ¿eh?

—Es mejor tomar a broma lo que has dicho, Doris. Si lo tomara en serio, tendría que enfadarme contigo, por creerme un violador de mujeres indefensas.

Doris Remick se mordisqueó el labio inferior.

—Yo tampoco he dicho eso, Barry.

—Pero lo piensas.

—Nos conocemos poco, compréndelo.

—¿Tengo yo cara de violador de mujeres indefensas, Doris?

—No.

—¡Pues entonces!

Doris le tomó la mano.

—¿Estás enfadado, Barry?

—No quiero enfadarme, pero...

—Perdóname.

Barry la miró y sonrió.

—Perdonada.

—¿Quieres que demos un paseo por la playa? —sugirió ella.

—¿Ya no me tienes miedo?

—Un poco, todavía.

—Entonces, será mejor que regresemos a la ciudad.

—Tonto, que era una broma —rió Doris, oprimiéndole la mano.

Barry la miró fijamente.

—Siento deseos de besarte, Doris. Y no es ninguna broma.

Puedes besarme, Barry. Pero sólo eso, ¿de acuerdo?

—Está bien, si no me autorizas a más... —suspiró el reportero, resignado, y la besó en los labios.

La modelo publicitaria le devolvió el beso.

Cuando separaron sus bocas, ella dijo:

—Me ha gustado, Barry.

—Y a mí. ¿Lo repetimos? —sugirió el reportero.

—Dentro de un rato, tal vez. Anda, vamos.

Salieron los dos del coche y, cogidos de la mano, descendieron a la playa por un sendero muy empinado.

Al llegar abajo, Doris se soltó de la mano del reportero y echó a correr por la arena, ligera como una gacela.

—¡Eh! ¿Qué haces? —exclamó Barry, sorprendido.

Doris se detuvo un instante y le miró, sonriente.

—¿No deseabas besarme de nuevo, Barry?

—¡Y lo sigo deseando!

—¡Pues ése será el premio, si me coges! —dijo Doris, y empezó a correr

de nuevo.

Barry se lanzó tras ella.

El reportero corría como un gamo.

Las distancias fueron reduciéndose rápidamente.

Como hacía un poco de viento, la falda de Doris, más bien corta, se iba de vez en cuando hacia arriba, dejándole visibles las piernas desde su nacimiento.

Unas piernas largas y esbeltas, de una perfección absoluta.

La tentadora visión de los bellos miembros inferiores femeninos pareció poner alas en los pies del reportero de El Eco de los Angeles, quien pocos segundos después tenía a su alcance a la atractiva modelo publicitaria.

Se tiró sobre ella y la derribó, gritando:

—¡Ya eres mía!

—¡Barry, que el premio sólo era un beso! —recordó Doris, visiblemente asustada, al ver al reportero sobre ella y sujetándole los brazos contra la arena.

—Lo sé, tranquilízate. Al decir que ya eres mía, me refería a que ya te había pillado, no que vaya a hacerte mía por la fuerza bruta. Ya te dije antes que yo, por la fuerza, sólo tomo....

—Aceite de ricino.

—Eso es.

La joven sonrió candorosamente.

—Me parece que no eres un mal tipo, Barry.

—No, no soy un mal tipo.

—Me gustas.

—Más me gustas tú a mí.

Doris Remick entreabrió los labios.

Esperaba el beso, era evidente.

Barry Stevens se dijo que no estaría bien hacerla esperar, y se apresuró a unir su boca a la de ella.

Fue un beso largo e intenso.

Tras él, se miraron a los ojos.

—Doris...

—Barry...

Fue lo único que dijeron.

Que musitaron, más bien.

Barry volvió a besar a la joven, y no sólo en los labios.

Ella le echó los brazos al cuello y le acarició la nuca.

Las manos del reportero entraron también en acción, cubriendo de caricias el cuerpo femenino.

Doris no las rechazó, ni siquiera las más atrevidas, porque ninguna de ellas le pareció ofensiva.

Barry la acariciaba con delicadeza, con ternura, como si se hubiese enamorado de ella.

Ojalá fuese así, porque ella sí se había enamorado de él.

Esa era la razón de que no frenase a Barry.

Le quería, y ansiaba sus besos y sus caricias.

De pronto, sin embargo, Doris se dijo que no debía ofrecerle tantas facilidades al reportero. Podía tomarla por una chica fácil y cansarse de ella en cuatro días.

Era mejor ponerle dificultades.

Pensado y hecho.

Doris se lo quitó de encima de un violento empujón y se puso rápidamente en pie, simulando hallarse muy ofendida.

—¡Sinvergüenza! —gritó, mientras se abotonaba apresuradamente la blusa.

Barry Stevens, desconcertado por la brusca reacción de la modelo publicitaria, se levantó también y balbuceó:

—Pero, Doris...

—¡Ni Doris ni rábanos! ¡Te dije que el premio por alcanzarme era sólo un beso!

—Y un beso te di...

—¡Me has dado por, lo menos una docena! ¡Y me has abierto la blusa! ¡Y me has subido la falda!

Barry tosió.

—Doris, yo creí que...

—¿Qué fue lo que creíste, granuja? Que soy una cualquiera, ¿verdad?

—¡No, Doris!

—¡Claro que lo creíste!

—¡Estás equivocada, Doris! Eres una chica decente, me consta.

—¡Naturalmente que soy una chica decente! ¡Por eso no debiste comportarte así conmigo!

—Yo sólo pensaba darte un beso, Doris, pero al ver que tú...

—¿Yo qué?

Barry carraspeó.

—Bueno, verás, me pareció que tú deseabas que...

—¡Habla más claro, Barry! ¿Qué te pareció que deseaba yo?

—Pues, que te besara más veces y te acariciara al mismo tiempo.

—¡Pues no era cierto! —mintió Doris.

—Me miraste muy tiernamente...

—¡Porque soy una chica tierna! ¿Es pecado ser una chica tierna?

—No, es una virtud. Una virtud que yo aprecio mucho. —¡Pues entonces!

—Recuerdo también que me acariciaste la nuca.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—No, nada. Pero yo...

—¡Tus caricias fueron mucho más atrevidas, Barry!

—Pero llevadas a cabo con la mejor intención.

—¡Y un cuerno! ¡Si me descuido un poco me dejas como vine al mundo, sólo que bastante más crecidita!

Barry tosió de nuevo.

—Doris, yo te aseguro que...

—¡Cállate! —ordenó ella, y echó a correr, pero no hacia el sendero por el cual habían descendido a la playa, sino en dirección opuesta, hacia unas rocas próximas.

—¡Doris! —gritó Barry.

La modelo publicitaria siguió corriendo.

Volvió un instante la cabeza.

Vio que el reportero echaba a correr tras ella.

Sonrió, porque era lo que ella esperaba y deseaba que hiciera.

Doris alcanzó las rocas y se metió por entre ellas.

Descubrió una cueva.

Pensó que sería divertido jugar al escondite con el reportero y se introdujo en la cueva.

Apenas entrar en ella, descubrió algo que la dejó helada de horror.

Le entraron unos enormes deseos de gritar.

Y gritó.

Con todas sus fuerzas.

CAPITULO II

Al oír gritar a Doris Remick de aquel modo tan sobrecogedor, Barry Stevens se detuvo en seco.

Pero sólo estuvo parado un instante.

Inmediatamente le dio de nuevo a las piernas, con toda la potencia de que era capaz.

Más que correr, parecía volar.

Alcanzó las rocas y se metió por entre ellas.

Descubrió la cueva.

Y los gritos salían de allí.

Barry irrumpió en la cueva.

También él se quedó helado de horror al descubrir lo que había dentro de la cueva.

—¡Barry! —gritó Doris, refugiándose en los brazos del reportero.

La horrorizada joven temblaba como un flan.

Barry la estrechó contra su pecho.

—Cálmate, Doris.

—!Es horrible, Barry! ¡Ese hombre está muerto!

—Sí, de eso no hay duda.

—¡Debe llevar varios días en esta cueva!

—Tres o cuatro, por lo menos.

—¡Salgamos de aquí, Barry!

—Sí, será lo mejor. La cueva apesta a cadáver.

Barry sacó a la joven de la cueva.

Ella apoyó la espalda contra una roca.

Estaba muy pálida y seguía temblando.

Doris miró al reporte, Barry.

—¿Quién será, Barry?

—No lo sé. Aunque...

—¿Sí, Barry?

—Su cara no me resulta desconocida. La he visto antes, estoy seguro. Pero no consigo recordar dónde.

—Habrá que avisar a la policía.

—Sí, claro.

—Vamos, Barry.

—Espera un momento, Doris.

—¿Qué sucede?

—Voy a entrar de nuevo en la cueva.

—¡No, Barry! —suplicó la joven, agarrándole.

El reportero sonrió suavemente y le acarició la mejilla.

—No hay nada que temer, Doris.

—¡ Hay un muerto en la cueva, Barry!

—Por eso precisamente, porque el hombre está muerto, no hay nada que temer. Los muertos no hacen daño a nadie. Son los vivos, los peligrosos.

—¿Por qué quieres entrar de nuevo en la cueva?

—Para fijarme mejor en la cara del tipo.

—Del muerto, querrás decir —corrigió la modelo publicitaria, estremeciéndose.

—Bueno, del muerto.

—No es agradable fijarse en las caras de los muertos. Especialmente, de los muertos que llevan algunos días muertos.

—Ya sé que no. Pero sigo pensando que ese rostro me es familiar. Tal vez, si me fijo mejor, recuerde de quién se trata.

—¿Y qué importancia puede tener eso? Ya se encargará la policía de averiguar la identidad del muerto.

—Soy reportero, Doris, ¿Lo has olvidado ya?

—No, no lo he olvidado. Ni tampoco que eres un caradura.

—¿Vas a echarme otra bronca?

—No me siento con fuerzas.

—Entonces, ahora es la mía —sonrió Barry, y la besó en los labios.

Doris no hizo nada por evitar el beso.

Sin embargo, cuando el reportero se separó de ella, gruñó:

—Lo que yo decía, un caradura.

—Que se ha prendado de ti —confesó Barry.

—A saber con qué intenciones. Bueno, yo ya lo sé.

—Tú qué vas a saber.

—Hace un rato me hiciste toda una demostración de lo que pretendes de mí.

—Sólo te demostré que me gustas.

—También tú me gustas a mí, y no por eso te dejé en cueros.

—Ni yo a ti.

—Poco faltó.

—Faltó mucho, no seas exagerada.

—Será mejor que dejemos el tema, o volveré a ponerme furiosa.

—Sí, mejor dejarlo. Espérame aquí, Doris —rogó Barry, pellizcándole la barbilla.

—No estés mucho tiempo dentro, o también tú apestarás a cadáver.

—Descuida, sólo estaré un par de minutos.

—Afina la vista, a ver si recuerdas quién es en sólo uno.

—Lo intentaré —prometió Barry, y penetró en la cueva.

Se acercó al muerto.

Era un hombre de unos cuarenta y siete años, delgado, de estatura corriente, cejas espesas, nariz aguileña, mentón afilado.

Permanecía sentado en el suelo, la espalda contra la pared de la cueva. Estaba prácticamente desnudo, ya que sólo conservaba el slip.

Su cabeza aparecía cubierta por un amplio vendaje.

Barry fijó toda su atención en la cara del muerto.
De pronto, dio un respingo.
El reportero, naturalmente.
Los muertos no dan respingos.
Barry acababa de recordar el nombre del tipo.
Un tipo bastante importante, por cierto.
El reportero salió de la cueva y se reunió con Doris Remick.
—¡Lo tengo, Doris!
—¿El qué?
—¡El nombre del muerto!
—¿De veras...?
—Se llamaba Michael Kelly, y era un eminente científico. Desapareció misteriosamente hace una semana. La policía le anda buscando desde entonces.
—Oh...
—Vamos, Doris. Hemos de telefonear a la policía.
—Sí.
Barry la tomó del brazo y echaron a andar.
Mientras caminaban por la playa, en dirección al empinado sendero, Doris preguntó:
—¿Quién lo dejaría en esta cueva, Barry?
—Los hombres que lo secuestraron, de eso no hay duda. Lo mataron y escondieron su cadáver.
—¿Por qué lo matarían?
—Eso ya no lo sé. Como tampoco el motivo del secuestro. Su familia asegura que no ha recibido noticia alguna de los secuestradores, por lo que hay que descartar que haya sido para obtener un buen rescate.
—A veces, los familiares de la persona secuestrada mienten al decir que los secuestradores no se han puesto en contacto con ellos, Barry —observó Doris.
—Lo sé. Lo hacen para que la policía no intervenga. Pero éste no debe de ser el caso del profesor Kelly, pues fue precisamente su familia la que informó a la policía de su desaparición —explicó Barry.
—¿El profesor Kelly era rico?
—Bueno, no demasiado. Su mayor fortuna era su cerebro. Un cerebro privilegiado de verdad. Gracias a ello pudo llevar a cabo, con éxito, toda una serie de complicados experimentos, de los cuales cuentan y no acaban quienes se hallan metidos de algún modo en el mundo de la ciencia.
—Tal vez lo secuestraron por eso, Barry. Para arrancarle alguno de sus descubrimientos científicos.
—Es posible.
—El profesor Kelly se negó a revelarles nada y los tipos le mataron.
—O lo mataron después de que les dijese lo que querían saber, para que no pudiera delatarles a la policía.

—También es posible —convino Doris.

—Lo que me tiene intrigado es ese vendaje que cubre su cabeza.

—¿Por qué?

—No sé, lo encuentro raro.

—Debió sufrir alguna herida en la cabeza, y por eso se la vendaron.

—¿Los secuestradores? Qué atentos.

—No seas irónico, Barry.

—Lo siento, pero es que me cuesta admitir eso. No sé si tú te darías cuenta, pero el profesor Kelly no tiene ni un rasguño en el resto de su cuerpo. Es lógico, pues, pensar que lo que le causó la muerte fue la herida que debe tener en la cabeza. Pero lo que ya no es tan lógico es que sus asesinos se tomasen la molestia de vendérsela. Y otra cosa: ¿por qué lo dejaron sin ropa?

—No tengo ni idea.

—Es muy extraño todo esto, Doris.

—La policía esclarecerá los hechos, no te preocupes.

—A propósito de la policía... ¿No será embarazoso para ti responder a sus preguntas?

—¿Embarazoso?

—Querrán saber para qué te traje a este lugar.

—Eso te lo preguntarán a ti, no a mí.

—Pero yo tendré que responder delante de ti, y si les digo que te traje para que contemplaras el mar al atardecer, no me van a creer.

—Yo tampoco.

Barry carraspeó.

—Doris, creo que lo mejor para los dos será que tú te vuelvas a casa. Yo hablaré con la policía.

—Y no mencionarás mi nombre para nada.

—Eso es.

—De acuerdo, Barry. Te evitaré el trago de tener que confesar a la policía, delante de mí, que me trajiste a este solitario lugar para hacerme el amor.

El reportero tosió.

—Eso es lo que ellos pensarán, sí.

—Y harán muy bien en pensarlo, porque es la verdad.

—Doris, por favor, no empecemos otra vez.

—No temas, tampoco yo tengo ganas de discutir.

Alcanzaron el sendero y subieron por él.

Poco después, el reportero ponía en marcha su descapotable azul y se alejaban del acantilado.

CAPITULO III

El teléfono que había sobre la mesa emitió la señal de llamada.

Leo Cramer, teniente de la policía de Los Angeles, un hombre de unos cuarenta años de edad, alto y delgado, alargó la mano y tomó el auricular.

—Cramer al habla.

Dos segundos después, el teniente Cramer cubría el micro con la mano y miraba al sargento Bishop, que estaba con él.

—Es Barry Stevens —informó.

Jerry Bishop, 1,95 metros de estatura y ciento diez kilos de peso, con cara de boxeador retirado, respingó sobre su silla.

—¿Ha dicho Barry Stevens?

—Sí, he dicho Barry Stevens —sonrió Cramer.

—Toquemos madera, teniente. Cada vez que ese maldito reportero nos llama, es para crearnos problemas.

—Veamos de qué se trata esta vez —dijo Cramer, y retiró la mano del micro—. Hable, Stevens. Soy todo oídos... ¿Qué?... ¿El profesor Kelly?... —saltó materialmente de su sillón—. ¿Que lo ha encontrado... muerto?

El sargento Bishop también saltó de su silla.

El teniente Cramer siguió escuchando atentamente cuanto le decía el reportero de El Eco de Los Angeles, sin apenas pestañear.

Cuando éste terminó de hablar, Cramer dijo:

—En seguida salimos hacia ahí, Stevens.

Colgó el auricular y fue hacia el perchero, donde colgaba su chaqueta.

—Nos vamos, sargento.

—¿Qué ha ocurrido, teniente? —preguntó Bishop.

—Stevens encontró casualmente el cadáver del profesor Kelly.

—Dudo que haya sido casualmente.

—Eso es lo que dice él.

—Usted sabe que a Barry Stevens le encanta jugar a detectives. Por eso precisamente se mete en tantos líos y nos crea tantos problemas. Stevens sabía tan bien como nosotros que el profesor Kelly había desaparecido. Seguro que él también lo andaba buscando, pero por su cuenta.

—Si es así, ha tenido más suerte que nosotros.

—Y un gran reportaje a la vista, que es lo que en definitiva a él le interesa.

—Lógico, teniendo en cuenta que es reportero.

—Claro —rezongó Bishop.

—En marcha, sargento.

Salieron los dos del despacho.

El teniente Cramer dio las órdenes oportunas para que una ambulancia se trasladase inmediatamente al lugar indicado por Barry Stevens.

Seguidamente, él y Jerry Bishop abandonaron el Departamento, montaron en un coche y partieron hacia el acantilado señalado por el reportero.

Llegaron antes que la ambulancia.

Leo Cramer detuvo el coche junto al descapotable azul de Barry Stevens y él y el sargento Bishop saltaron al suelo.

Barry se acercó a ellos, sonriente y con un cigarrillo en las manos, medio consumido ya.

—Cuánto tiempo sin verles, teniente.

—No tanto —mascullló Bishop.

—Yo me alegro de verles de nuevo. ¿Usted no, sargento Bishop?

—Estoy más contento que una pandereta, Stevens. ¿Es que no se me nota? —Jerry Bishop mostró exageradamente su poderosa dentadura, más propia de un caballo que de un hombre.

Barry rió.

—Teniente Cramer, tengo la sospecha de que al sargento Bishop no le soy simpático.

—No me gustan los tipos que meten las narices en los asuntos de los demás—gruñó Bishop.

—Todo ciudadano que se precie, tiene la obligación de colaborar con la policía. Y eso es lo que hago yo, sargento Bishop: colaborar con la policía.

—Será cínico...

—Basta ya, sargento —intervino el teniente Cramer.

Bishop obedeció.

Barry preguntó:

—¿No viene una ambulancia, teniente?

—Está en camino.

—¿La esperamos o bajamos a la playa?

—Podemos bajar. Los camilleros sabrán encontrarnos.

—En marcha, pues. Y no se olviden de coger una linterna. Hará falta en la cueva.

—Yo siempre llevo una encima —dijo Bishop.

—Es usted un policía modelo, sargento —sonrió Barry.

—Menos guasa, Stevens, no sea que se me escape un puño y se lo encuentre usted —amenazó Bishop.

—¿Quién se guasea, sargento...?

—Vamos, Stevens —indicó Cramer, cogiéndolo de un brazo.

Bajaron los tres a la playa por el empinado sendero y caminaron hacia las rocas.

Barry señaló la cueva.

—Ahí dentro está.

—Su linterna, sargento —dijo Cramer.

Bishop la extrajo del bolsillo derecho de su chaqueta y la encendió. Era una linterna pequeña, pero proyectaba una luz muy potente. Jerry Bishop fue el primero en penetrar en la cueva.

El teniente Cramer y Barry Stevens entraron tras él.

—Qué mal huele aquí —gruñó Bishop.

—A muerto, sargento —dijo Barry.
—Enfoque el cadáver, Bishop —indicó Cramer.
Bishop dirigió el cono de luz hacia el rostro del hombre muerto.
—Sí, no hay duda. Es Michael Kelly —dijo Leo Cramer.
—En slip y con turbante —añadió Barry.
—No es un turbante, es un vendaje —rezongó Bishop.
—No lo sabía —repuso Barry, irónico.
Bishop le dirigió una furiosa mirada, pero la cosa no pasó de ahí.
El teniente Cramer indicó:
—Quítele el vendaje, sargento. Deme, yo sostendré la linterna.
Bishop le pasó la linterna a su superior y se acercó al cadáver del científico.
Le quitó el vendaje.
Entonces quedó visible algo que estremeció a los tres hombres.
Un costurón.
Un costurón escalofriante.
Rodeaba completamente el rapado cráneo del científico.
No hacía falta ser cirujano para adivinar que al profesor Kelly le había sido abierta la cabeza con fines operatorios.
Sí. Estaba claro que le había sido levantada la tapa del cráneo.
—Salgamos de aquí —indicó el teniente Cramer.
Los tres hombres abandonaron la cueva, realmente impresionados.
—¿Qué le habrán hecho en la cabeza...? —preguntó Barry Stevens.
—El médico forense nos lo dirá, cuando le practique la autopsia —respondió Cramer.
—Y usted también nos dirá algo, Stevens —masculló Jerry Bishop—. ¿Qué hacía en este lugar?
Barry carraspeó ligeramente.
—Me gusta contemplar el mar, sargento Bishop. Especialmente, al atardecer.
—Ahora el de «Pinocho».
—¿No me cree...?
—¡No!—rugió Bishop.
Barry miró al teniente Cramer.
—¿Usted tampoco, teniente...?
Leo Cramer movió la cabeza de derecha a izquierda.
—Tampoco, Stevens.
—Pues es la verdad, teniente. Aunque debo añadir algo: me gusta contemplar el mar al atardecer... y junto a una chica bonita.
Jerry Bishop entornó un ojo.
—De modo que no vino aquí solo, ¿eh? —dijo, sin apenas despegar los dientes.
Barry se pellizcó el lóbulo izquierdo.
—Sí, no vine solo, sargento. Me acompañaba una preciosa rubia de ojos azules.

—¿Y dónde está ella?
—Se fue.
—¿Por qué se fue? —preguntó el teniente Cramer.
—Se asustó mucho al descubrir el cadáver del profesor Kelly. Y se puso un poco enferma, por el mismo motivo. Le aconsejé que se fuera a su casa.
—¿Cómo se llama esa chica, Stevens?
—Sally —mintió el reportero.
—¿Sally qué? —interrogó Bishop.
—No sé su apellido.
—¿Dónde vive?
—Tampoco lo sé.
—¡Está mintiendo, teniente! —relinchó Bishop.
—Yo también lo creo —dijo Cramer.
Barry sacudió la cabeza e insistió:
—Les estoy diciendo la verdad, teniente. Vine aquí con esa chica, Sally, y ya deben imaginarse ustedes para qué. Hubiéramos hecho el amor en la cueva, de no haber hallado en ella el cadáver del profesor Kelly. Y si no sé el apellido ni el domicilio de la chica, es porque nos conocimos esta misma tarde. Es mi día libre en el periódico y tengo por costumbre pasarlo con una chica distinta. ¿Qué hay de malo en ello?
El teniente Cramer iba a decir algo, cuando vio aparecer a los camilleros.
—Ya están ahí los de la ambulancia —indicó.
Barry Stevens y Jerry Bishop giraron la cabeza.
Los camilleros alcanzaron las rocas.
El teniente Cramer les ordenó que retiraran el cadáver de Michael Kelly.
Los camilleros cargaron con el cuerpo sin vida del científico.
Caminaron todos hacia el empinado sendero.
Barry Stevens preguntó:
—¿Cuándo se le practicará la autopsia al cadáver del profesor Kelly, teniente?
—Inmediatamente.
—Me informará usted del resultado de la misma, ¿verdad?
—Para incluirlo en su reportaje, ¿no?
—Sí.
—De acuerdo, le llamaré cuando tenga el informe del forense —prometió Cramer.
—¿Me permite que vaya con ustedes al Departamento? Así no tendrá usted que molestarse en llamarme, teniente.
—¡Dígale que no, teniente! —aconsejó Bishop.
Barry sonrió.
—No puede negarse, teniente Cramer. Al fin y al cabo, yo encontré al profesor Kelly, evitando así muchas horas de búsqueda inútil a la policía —recordó.
—Eso es verdad —admitió Cramer.

—Teniente, si Stevens viene con nosotros al Departamento, no parará de hacer preguntas —advirtió Bishop.

—Prometo estarme callado como un muerto —dijo Barry.

—¡Usted no puede estar callado, Stevens! —gruñó Bishop.

—Ya verá como sí, sargento —sonrió el reportero—. ¿Qué, puedo ir con ustedes, teniente?

—Está bien, venga —autorizó Cramer, contrariando enormemente a Jerry Bishop, quien comenzó a mascullar por lo bajo.

—¿Decía usted, sargento...? —preguntó Barry, con ironía.

—¡Yo no digo nada! —rugió Bishop, y se adelantó con furia zancada, para no tener que caminar junto al reportero.

Barry no pudo contener la risa.

—Cada vez le caigo peor al sargento Bishop, teniente.

—En general, todos los reporteros le caen mal —sonrió Cramer.

—Pero yo me llevo la palma.

—Sí, me temo que sí —rió Leo Cramer.

Minutos después, la ambulancia, el coche de los detectives, y el del reportero de El Eco de Los Angeles, emprendían el regreso a la ciudad.

CAPITULO IV

Doris Remick consultó su reloj.
Soltó un gruñido, porque ya eran más de las diez.
Y Barry Stevens sin aparecer.
Y seguramente ya no aparecería.
Debía de haberse olvidado por completo de ella.
¿Casual... o deliberadamente?
Eso era lo que se preguntaba Doris.
Y se inclinaba más por lo segundo.
Barry Stevens había salido con ella con un claro propósito: hacerle el amor.
Y como ella no había consentido, pues a buscarse otra tocan.
Eso debía de estar haciendo el granuja de Barry Stevens; buscándose otra.
¿O ya la habría encontrado, y se estaría divirtiendo con ella?
Este último pensamiento enfureció aún a la modelo publicitaria.
Aplastó en el cenicero el cigarrillo que tenía entre los dedos.
Lo hizo con rabia.
Sí, porque se imaginó que eran las narices del reportero lo que aplastaba.
Seguidamente se introdujo en su cuarto y se desvistió, colocándose encima la bata.
Luego fue a la cocina.
Se preparó un emparedado de queso y otro de jamón y abrió una lata de cerveza, colocándolo todo en una pequeña bandeja metálica, la cual llevó al living.
Un living de reducidas dimensiones.
En realidad, todas las piezas de su apartamento eran pequeñas.
Pero a Doris no le importaba.
Solía decir que así resultaba más íntimo.
Y, en cierto modo, no le faltaba razón.
Doris dejó la bandeja en la mesa ratona y conectó el televisor.
Le ayudaría a no pensar en el bribón de Barry Stevens.
Doris se sentó en un sillón y cogió uno de los emparedados.
Después de ponerse cómoda —montó la pierna derecha en el brazo del sillón—, le hincó el diente al emparedado.
Con rabia, también.
Y es que se imaginó que mordía la pantorrilla del reportero.
En la cadena de televisión que había sintonizado estaban pasando una película de largo metraje, un tanto rancia.
Pero Doris no cambió de cadena, aunque ésa fue su primera idea.
Y no cambió porque la protagonista, que acababa de ser besada por sorpresa por el protagonista, le soltó una bofetada a éste que le cambió de lado la raya del pelo.
Que dejó en delicada caricia a la que Glenn Ford le propinó a Rita

Hayworth en la famosísima «Hilda», vamos.

—¡Bien hecho, chica! —Exclamó Doris—. Eso debí hacer yo con el carota de Barry Stevens.

Minutos después, sin embargo, la protagonista perdonaba al protagonista y se dejaba besar y abrazar por él.

Doris, que ya estaba atacando el segundo emparedado, arrugó el ceño y gruñó:

—No debiste perdonarle tan pronto, tonta. Tenías que haberle hecho sufrir un poco más. Si las mujeres no fuésemos tan blandas con los hombres, otro gallo nos cantaría.

Un rato después, la película acababa.

Con boda, claro.

Como Doris también había acabado con su ligera e improvisada cena, fue a la cocina y se preparó café.

Cuando se estaba hirviendo una taza, llamaron a la puerta.

Doris respingó con tanta fuerza que parte del café le cayó fuera de la taza.

—¡Barry! —exclamó.

Sí.

Tenía que ser él.

Doris dejó la cafetera y corrió a abrir.

En efecto. Era Barry Stevens.

—Hola, Doris —sonrió el reportero.

—¿Estás son horas de aparecer? —gruñó la modelo publicitaria.

—Lo siento,, no pude venir antes. Y si me permites entrar, te explicaré por qué.

—No me interesan tus explicaciones, Barry. Quedaste en venir por mí cuando hablases con la policía. Ibas a llevarme a cenar a un restaurante chino, ¿recuerdas?

Barry miró su reloj.

—Todavía podemos ir, Doris.

—Lo siento, pero yo no tengo por costumbre cenar dos veces.

—Oh, has cenado ya...

—Como tardabas tanto, pensé que ya no vendrías, que te habías olvidado de mí.

—¿Olvidarme yo de ti..,?

—¿Por qué no? No he resultado ser lo que tú creías que era.

—Ya estamos otra vez —rezongó Barry.

—¿Cómo te fue con la policía?

—Estoy deseando contártelo. ¿Puedo pasar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque voy en bata. ¿Es que no lo ves?

—¿Y qué tiene eso de particular?

—A ti no se te pueden dar cierto tipo de facilidades. El reportero se hizo el

sueco.

—No sé qué quieres decir, Doris.

—Que si vestida no está una segura a tu lado, ya me dirás en bata —rezongó la modelo.

Barry sonrió.

—No intentaré nada, puedes estar tranquila.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy.

—Está bien, entra —accedió Doris.

Barry Stevens pasó al interior.

Doris Remick cerró la puerta y dijo:

—Acabo de hacer café. ¿Quieres una taza?

—Prefiero algo de comer.

—Qué cara.

—Estoy muerto de hambre, Doris.

—Total, que en vez de invitarme tú a mí a cenar;, tengo que ser yo la que te invite a ti.

—Mañana te invitaré yo a ti. Y a almorzar también, si quieres.

—Está bien, veré qué queda por ahí.

—Me conformo con un bocadillo, Doris.

—Pero si te traigo dos, mejor, ¿verdad?

—Desde luego. Y para beber, cerveza.

De cemento puro.

—¿Los bocadillos...?

—¡Tu cara! —gritó Doris, y se metió rápidamente en la cocina.

Barry, riendo, se acercó al sofá y se dejó caer en él.

Unos minutos después, Doris salía de la cocina con la bandeja metálica en las manos, donde había puesto un par de emparedados y una lata de cerveza.

—Su cena, señor —gruñó, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Eres una chica estupenda, Doris —sonrió Barry, cogiendo uno de los emparedados.

—Anda, cuéntame —rogó la modelo, sentándose en el sillón.

Como cruzó las piernas, la bata se le abrió.

Barry tosió ligeramente.

—Doris, si no quieres que falte a mi palabra, crúzate la bata. Estoy viendo cosas muy tentadoras.

La joven se apresuró a cerrarse la bata.

—A ti no se te escapa nada, ¿eh? —gruñó.

—Mujer, es que uno no es de piedra...

—Pero tiene la cara de granito.

—¿Qué he hecho ahora... ?

—Mirar donde no debes.

—No, si aún tendré la culpa yo de que se te haya abierto la bata... —rezongó Barry.

—¿Quieres contarme lo que pasó de una maldita vez?

—Sí, mujer, no te alteres.

—Venga.

—Empezaré por lo más importante. ¿Sabes por qué secuestraron al profesor Kelly?

—¡Cómo lo voy a saber! —se exaltó Doris.

—Para robarle su cerebro.

La modelo publicitaria abrió la boca de par en par.

También sus preciosos ojos azules se abrieron mucho.

—¿Para robarle... su cerebro? —balbuceó, incrédula.

—Como lo oyes.

—Pero, eso..., eso...

—Sí, ya sé que no tiene sentido, que parece una broma, pero es que ha sucedido. ¿Recuerdas el vendaje que cubría su cabeza, y que a mí me tenía tan intrigado?

—Sí.

La policía se lo quitó delante de mí, en la cueva, y quedó visible el estremecedor costurón que rodeaba su cabeza rapada... En ese instante comprendimos todos que el profesor Kelly había sufrido una intervención quirúrgica, aunque ni la policía ni yo sospechamos el verdadero objeto de la misma. Cuando el médico forense le practicó la autopsia, descubrió que al profesor Kelly le había sido extirpado el cerebro. Eso, y no otra cosa, fue lo que le causó la muerte.

—Qué espanto, Dios mío... —musitó Doris, que había palidecido.

—Sí, realmente aterrador —convino Barry, aunque él siguió mordiendo el emparedado.

—¿Y para qué querrán los secuestradores el cerebro del profesor Kelly?

—Todos nos hicimos la misma pregunta, Doris. Pero nadie supo hallar una respuesta lógica. Es una historia tan estremecedora como interesante. Por eso me fui rápidamente a la redacción de mi periódico, me senté ante mi máquina de escribir, y no paré de teclear hasta que todo lo sucedido quedó relatado en los folios. Esa fue la causa de mi retraso, Doris. Era un reportaje sensacional, con el que me tropecé casualmente, y no podía ni debía desaprovecharlo. Ni siquiera pensé que era mi día libre. El director de mi periódico se puso más contento que unas castañuelas cuando leyó mi reportaje. El Eco de Los Ángeles va a anotarse un tanto importante, gracias a mí. Y a ti también, claro. Si no llegas a correr hacia las rocas y entrar en la cueva, el cadáver del profesor Kelly seguiría oculto en ella y nadie sabría nada.

Doris Remick respingó levemente.

—¿Me has nombrado a mí en tu reportaje, Barry...?

—Naturalmente. Pero con otro nombre, claro. En el reportaje te llamo Sally. A secas. Ni menciono tu apellido ni tu domicilio. Tampoco tu profesión. Y he disfrazado un poco los hechos, ¿sabes? En el reportaje cuento que tú y yo paseábamos por la playa, cogidos de la mano, no que tú echaste a

correr de pronto como una loca, huyendo tú sabrías de quién.

—De ti.

—Qué cosa más absurda.

—A mí no me parece tan absurda. Si llego a quedarme a tu lado, Dios sabe qué hubiera pasado.

—Nada. No hubiera pasado nada.

—Yo no estoy tan segura.

—Porque no me conoces. Si me conocieras, sabrías que yo no soy capaz de forzar a una mujer. Buena prueba de ello es que a ti no te forcé a nada. Cuando tú decidiste que basta de besos y caricias, se acabaron las dos cosas. Y si lo hubieses decidido antes, antes se hubiesen acabado.

—De haber sabido que ibas a llegar tan lejos, mucho antes te habría frenado.

—Será mejor que cambiemos de tema —gruñó Barry.

—Por mí, encantada.

—Dijiste que tenías café, ¿no?

—Sí.

—¿Serías tan amable de servirme una taza? Ya he terminado con los emparedados.

—Ya lo veo —gruñó Doris, poniéndose en pie y tomando la bandeja, sobre la cual sólo descansaba ahora la lata de cerveza vacía.

—Estaban muy ricos, ¿sabes? —sonrió Barry.

—Me alegro —dijo Doris, y se dirigió a la cocina.

Poco después estaba de vuelta, con dos tazas de café y la azucarera.

—¿Cuántos terrones quieres? —preguntó.

—Ninguno —respondió Barry.

—¿Ninguno...?

—El café me gusta amargo; las chicas, dulces.

—¿Es una indirecta?

—No, claro que no —rió Barry—. Tú eres una chica tierna y dulce; sólo que a ratos.

—Lo soy cuando debo serlo.

—A mí me gustaría que lo fueras siempre.

—Claro, Sería todo más fácil para ti, ¿verdad buitre?

—¿Buitre...? —exclamó Barry, respingando—. ¡Vamos, Doris, que esto ya es demasiado! —protestó, realmente enfadado.

—Lo eres.

—¡Yo qué voy a ser un buitre!

—El tiempo dirá si estoy equivocada contigo.

Barry, furioso, apuró su café y se levantó del sofá.

—Gracias por los emparedados, Doris. Y por el café; estaba muy bueno.

—¿Te marchas ya, Barry...? —preguntó la modelo, sorprendida.

—Sí.

—¿Enfadado?

—¿Tú qué crees?

—Hombre, que lo de buitre no iba en serio... —sonrió Doris.

—No quieras arreglarlo ahora.

—¿Es que no sabes aguantar una broma, Barry?

—No era una broma. Me llamaste buitre porque piensas que soy un buitre. Y a lo mejor tienes razón, ¿sabes?

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque me están entrando ganas de darte un picotazo! —rugió el reportero, y echó a andar hacia la puerta del apartamento.

—¡Barry! —llamó Doris, saltando del sillón.

Pero Barry Stevens no se detuvo.

Alcanzó la puerta y salió del apartamento, cerrando de un furioso portazo.

CAPITULO V

Edward Tunney contaba cuarenta y cinco años de edad.

Era de estatura media, ni grueso ni delgado. Tenía el cabello gris, abundante y revuelto, y usaba lentes.

Tenía aspecto de hombre de ciencia.

Y lo era.

Un importante hombre de ciencia, que prestaba sus servicios en el Centro Espacial de Houston, Texas.

Sí.

Trabajaba para la NASA desde hacía diez años.

Actualmente, sin embargo, se encontraba en Los Angeles, la ciudad en donde había nacido, y donde aún vivían sus padres, de edad muy avanzada ya.

Edward Tunney era soltero, y por esa razón, siempre que disponía de unos días de descanso, viajaba a su ciudad natal y los pasaba junto a sus progenitores, un matrimonio humilde, que había sabido sacrificarse lo indecible para poder proporcionar a Edward, su único hijo, los estudios necesarios para que él pudiera lograr su máxima ilusión: llegar a ser un buen físico.

Edward Tunney, consciente del sacrificio de sus padres, había dedicado todo su tiempo al estudio, y no sólo había logrado ser un buen físico, sino un magnífico físico, lo cual le abrió de par en par las puertas de la NASA.

Edward, hijo agradecido, enviaba todos los meses una parte de su sueldo a sus padres, compensándoles así de pasadas privaciones. Y, cada vez que iba a visitarles, llenaba su coche de regalos para ambos.

Aquella mañana, Edward Tunney se levantó temprano, como de costumbre; desayunó y salió de casa, frente a la cual se hallaba estacionado su coche, un «Dodge» verde oscuro, modelo de! año anterior.

Iba a visitar a un amigo, compañero de estudios, con el cual había hablado la noche anterior. Se llamaba Chris Mersey.

Siempre que Edward pasaba unos días en Los Angeles, visitaba a su buen amigo Chris, físico también.

Edward atravesó el pequeño, pero bien cuidado jardín, y alcanzó Ia acera, junto a la cual se hallaba su coche.

Montó en él.

Cuando se disponía a hacer girar la llave de contacto, una voz ordenó — Espere, profesor Tunney.

Era una voz fina, metálica, extraña, que parecía venir de muy lejos, pero que sin embargo sonaba allí mismo, dentro del coche.

Edward Tunney dio un respingo y se volvió, esperando encontrar al tipo de la voz extraña en el asiento de atrás.

No fue así.

El asiento trasero estaba vacío.

En el interior del «Dodge» sonó una risita que tenía bastante de siniestra.

—No, no piense que le está hablando un fantasma, profesor Tunney. Tampoco un ser invisible. Soy una persona de carne y hueso. Si no me puede ver usted, es porque no estoy en su coche. Estoy en el mío, no lejos del suyo, y le hablo por medio de un transmisor, el cual puse en el piso de su coche, en la parte de atrás —explicó el tipo.

Edward Tunney miró por encima del respaldo del asiento delantero.

Era cierto.

Había un pequeño transmisor en el piso del automóvil.

De allí salía la extraña voz.

El físico miró a través del cristal trasero del «Dodge».

Descubrió, a unos quince metros de su coche, un Sedán negro.

Se esforzó, pero no pudo ver la cara de la persona que se hallaba sentada al volante del mismo.

Edward Tunney, preocupado, hizo además de salir del «Dodge», para ir al encuentro del tipo del Sedán y pedirle explicaciones.

Sin embargo, la extraña voz del hombre le detuvo:

—No intente salir del coche, profesor Tunney. Si lo hace, ambos saltarán en pedazos.

El físico sintió un ramalazo de frío en la espalda.

Se quedó muy quieto, temeroso incluso de respirar.

Estaba seguro de que el tipo de la voz fina y metálica no amenazaba en broma.

Después de mojarse los labios con la lengua, porque se le habían quedado muy secos, el físico de la NASA, con voz trémula, preguntó:—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—No puedo responder a ninguna de sus preguntas por el momento, profesor Tunney. Pero le prometo que lo haré a su debido tiempo. Ahora, fíjese bien en lo que voy a decirle. Quiero que ponga usted su coche en marcha y lo lleve por donde yo le vaya indicando. No conduzca ni demasiado despacio ni demasiado aprisa. Yo iré detrás de usted, y no quiero perderlo de vista. Si esto sucediera, no tendría más remedio que hacer estallar la bomba que instalé en su coche, y usted moriría en el acto, profesor —advirtió el tipo.

Edward Tunney se estremeció.

—No haga eso, por Dios —suplicó.

—No es mi intención hacerlo, ya se lo he dicho. Lo único que quiero es llevarlo a mi casa, donde podremos charlar tranquilamente. Siga usted mis instrucciones, profesor, y no le ocurrirá nada.

—Las seguiré —prometió el físico.

—Muy bien. Vamos, ponga el motor en marcha y arranque.

Edward Tunney hizo lo que le pedía el tipo.

El Sedán negro se puso también en movimiento.

Por espacio de unos treinta minutos, Edward Tunney condujo su coche por donde le indicaba el tipo de la voz extraña, seguido siempre de cerca por el

Sedán de éste.

Habían dejado atrás la gran ciudad y ahora circulaban por una carretera de nulo tráfico.

—Tome el sendero de la derecha, profesor —indicó el desconocido, a través del transmisor, como siempre.

Edward Tunney obedeció.

El Sedán también tomó aquel sendero.

Al poco de haberse adentrado en él, el físico vio aparecer a lo lejos una casa, grande y algo deteriorada.

—Mi casa, profesor Tunney —dijo el tipo—. Deténgase frente a ella.

Edward Tunney lo hizo así.

El Sedán se detuvo a unos doce metros del «Dodge».

Edward esperaba que el misterioso sujeto saliera de Sedán, pero no fue así.

El que sí salió, pero de la casa, fue un individuo capaz de poner los pelos de punta con su sola presencia.

Un ser gigantesco y musculoso, que parecía sacado de uno de los más terroríficos relatos de Edgar AlIan Poe.

Tenía el pelo muy corto, como de rata, la frente enorme y cuadrada, unas orejas elefantescas, los ojos hundidos, la nariz torcida, la boca grande y deforme, como hecha de una cuchillada. El labio superior permanecía encogido, lo cual permitía al engendro humano mostrar unos dientes tipo «barricada», es decir, unos encima de otros, acentuando así su horrible aspecto.

Sí, porque el tipo no sólo era grandote y feo, sino también desgarbado. Tenía un hombro más alto que el otro, y el cuello, en consecuencia, ligeramente torcido.

El energúmeno movió sus largas y robustas piernas, avanzando hacia el coche del Físico de la NASA.

A Edward Tunney le entraron ganas de saltar del coche y echar a correr lo más velozmente posible por aquel desértico paraje.

Pero no se movió del asiento.

No le cabía la menor duda de que si lo intentaba, el tipo del Sedán haría estallar la bomba y el «Dodge» y él saltarían por los aires a pedacitos.

El gigantesco ser alcanzó el «Dodge» y abrió la portezuela.

—Salga —ordenó, con voz de tumba.

Edward Tunney se arrugó en el asiento, pues el gorila humano, visto de cerca, aún era más horrible.

Y, por si fuera poco, aquella voz tan gruesa y tan profunda...

—¡Salga! —se impacientó el mastodonte, haciendo brillar sus ojos, de pupilas muy negras.

La extraña voz del tipo del Sedán se dejó oír de nuevo:

—Obedezca a Kid, profesor. Se enfurece por nada. Y Kid resulta muy peligroso cuando se enfurece.

A Edward Tunney no le cupo duda de que sí, de que aquel engendro de

Satanás, llamado Kid, sería algo muy serio cuando se viese dominado por la furia.

El físico, venciendo su terror, salió del coche.

El gigantón lo agarró por un brazo y lo llevó hacia la casa.

Edward Tunney volvió un instante la cabeza.

Esperaba ver bajar del Sedán al tipo de la voz extraña, pero éste continuó en el interior del coche.

La férrea y velluda mano del engendro, casi tan grande como un guante de béisbol, siguió tirando del físico.

Entraron los dos en la casa.

Kid lo llevó directamente al sótano.

Un lugar realmente macabro.

Una mezcla de quirófano y laboratorio de experimentos científicos, con mesa de operaciones, provista de anchas abrazaderas de cuero, y varios estantes, repletos de frascos, probetas, tubos de ensayo, instrumentos quirúrgicos de toda clase...

También había un sillón, provisto igualmente de fuertes abrazaderas de cuero.

Precisamente allí, en aquel siniestro sillón, fue obligado Edward Tunney a sentarse.

Kid gruñó:

—Su ropa.

—¿Qué?

—Que se quite toda la ropa.

—¿Para qué?

—¡No haga preguntas y obedezca! —rugió Kid.

Edward Tunney no se hizo repetir la orden.

Cuando sólo conservaba sobre su cuerpo el slip, el engendro dijo:

—Es suficiente.

Seguidamente, Kid sujetó los brazos y las piernas del físico con las abrazaderas.

Edward Tunney, muy pálido, no ofreció resistencia alguna.

Kid concluyó su trabajo y, sin decir nada, dio media vuelta y desapareció, dejando solo al físico de la NASA.

De haber sabido éste lo que le aguardaba, su terror hubiese sido mucho mayor.

Infinitamente mayor.

CAPITULO VI

Barry Stevens estacionó su coche frente al Departamento de Policía.

Salió del auto y penetró en el edificio.

Poco después, llamaba a la puerta del despacho del teniente Cramer.

—¡Pase! —autorizó Leo Cramer, desde el interior.

El reportero abrió la puerta y entró en el despacho, sonriente.

El sargento Bishop, al verle, se cubrió la cara con la mano y exclamó:

—Oh, no...

Barry avanzó hacia la mesa del teniente.

—Buenos días, teniente Cramer. ¿Qué tal, sargento? —saludó cordialmente.

—Me sentía perfectamente, pero ya empiezo a sentirme mal —respondió Jerry Bishop, mirando hurañamente al reportero.

—No me diga que mi sola presencia le pone enfermo.

—Se lo digo.

—Si se siente peor, hágamelo saber. Conozco un buen veterinario.

Bishop soltó un rugido.

—¡Le voy a...! —barbotó, cerrando sus enormes puños y dando un paso hacia el reportero.

—¡Eh, que sólo era una broma, sargento! —advirtió Barry, pegando un salto hacia atrás.

—¡Quieto, Bishop! —ordenó el teniente Cramer.

—¿Es que no lo ha oído, teniente...? ¡Me ha llamado animal!

—Stevens sólo ha dicho que conoce un buen veterinario.

—¿Y no es lo mismo?

—Tal vez. En cualquier caso, Stevens ha dicho que sólo fue una broma. No hay, pues, por qué ponerse así.

—¡Claro que no! —Sonrió Barry—. ¿Amigos, sargento Bishop? —le ofreció la diestra, aunque sin acercarse demasiado a él.

—Antes me corto la mano que estrecho la suya, Stevens —masculló Bishop.

—Diablos, ni que tuviera la peste...

El teniente Cramer advirtió:

—Si van a seguir discutiendo, tengan la bondad de salir de mi despacho. Me duele un poco la cabeza.

—Yo no deseo discutir con el sargento Bishop, teniente —dijo Barry—. Ya ha visto cómo le ofrecía mi mano...

—Después de llamarme animal —recordó Bishop.

—Sargento, ya le dije que fue una broma.

—¡Pues a mí no me gustan esa clase de bromas!

—De acuerdo, sargento, no más bromas. Ni más discusiones tampoco, por favor. Ya ha oído que al teniente Cramer le duele la cabeza.

—Cada vez más —dijo Cramer, oprimiéndose las sienes.

—No se preocupe, teniente. Desde este momento, el sargento Bishop y yo seremos como hermanos —.

—Caín y Abel también eran hermanos —recordó Bishop.

—Qué agudo, sargento —rió Barry.

Jerry Bishop soltó un gruñido.

—¿Qué es lo que quiere, Stevens? —preguntó Cramer.

Barry señaló el ejemplar de El Eco de Los Angeles que descansaba sobre la mesa, a la izquierda del teniente Cramer.

—¿Ha leído mi reportaje, teniente?

—Sí.

—¿Y qué le ha parecido?

—Es bueno.

—No pasa de regular —opinó Bishop, para herir al reportero.

Barry le miró.

—Si la envidia fuera música, aquí dentro estaría sonando ahora la Filarmónica de Boston —dijo.

Jerry Bishop apretó sus poderosos maxilares.

—¿A que le hago escupir unos cuantos dientes? —amenazó, mostrándole el puño diestro.

—Tranquilo, Caín —rogó Barry, irónico.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta, Stevens —recordó Cramer.

—¿Su pregunta?

—¿Qué es lo que quiere?

—Oh, bueno, nada de particular... Pasaba por delante del Departamento y me dije: «Voy a saludar al teniente Cramer y al sargento Bishop.»

—Y de paso, a ver si han averiguado algo más sobre la muerte del profesor Kelly —añadió Bishop, sarcástico.

—Hombre, ya estoy aquí, es lógico que... —carraspeó Barry.

—No hay nada nuevo sobre el profesor Kelly, Stevens —informó Cramer —. Aunque...

Jerry Bishop dio un respingo.

—¡No se lo diga, teniente!

—Nos conviene que lo sepa, sargento. No olvide que fue él quien encontró al profesor Kelly. Quizá tenga la misma suerte y encuentre al profesor Tunney.

—¿Profesor Tunney? —repitió Barry, entrecerrando los ojos.

—¡Ya se lo dijo! —exclamó Bishop, pegando un zarpazo al aire.

Barry se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en la mesa.

—¿Se refiere a Edward Tunney, teniente?

—Sí asintió Cramer.

—¿El físico de la NASA?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Ha desaparecido también.
—¿En Houston?
—Aquí, en Los Angeles. Había venido a pasar unos días con sus padres. Esta mañana, temprano, salió a visitar a un amigo suyo; el profesor Mersey, físico también. Dicha visita se la había anunciado anoche, telefónicamente. El profesor Mersey, extrañado, telefoneó a casa de los padres de Edward Tunney, para averiguar por qué no recibía la visita de su colega y amigo. Los padres del profesor Tunney le informaron de que Edward había salido de casa hacía más de dos horas, y también ellos se extrañaron mucho, pues sabían que Edward había quedado en visitarle esta mañana. El profesor Mersey comenzó a preocuparse, pues ya tenía noticias del hallazgo del cadáver del profesor Kelly, y de lo que habían hecho con éste sus secuestradores: extirparle el cerebro. Temeroso de que también el profesor Tunney hubiera sido secuestrado por los mismos individuos y con el mismo fin, el profesor Mersey no dudó en telefonearnos y darnos cuenta de la misteriosa desaparición de Edward Tunney —explicó Leo Cramer.
Barry Stevens se irguió.
—Ha hecho bien en decírmelo, teniente. Yo conozco al profesor Tunney. Le hice una entrevista, hace ya algún tiempo. En casa de sus padres.
—Sí, lo recuerdo.
—El profesor Tunney es un hombre atento, cordial, sencillo. .. Además de un excelente físico, claro.
—Sí.
—Quisiera equivocarme, pero yo también pienso que el profesor Tunney ha sido secuestrado por los mismos tipos que secuestraron al profesor Kelly. Y si es así...
—Su vida corre peligro.
—Sí, un grave peligro —asintió Barry.
—Haremos lo posible por encontrarle, Stevens. Puede decirlo así en su periódico.
—Dirá eso y muchas cosas más —rezongó Jerry Bishop, que seguía contrariado—. Y se pondrá a jugar a detectives, como de costumbre.
Barry desvió la mirada hacia él.
—¿.Ya está gruñendo de nuevo, sargento?
—Me molesta que el teniente Cramer tenga tanta confianza con usted.
—Será porque inspiro eso: confianza —sonrió Barry.
—A mí no me inspira ninguna.
—No es usted sincero al decir eso, sargento Bishop. En el fondo, le caigo bien.
—¡Ja! —exclamó Bishop, sarcástico.
—Un día de éstos prometo hacerle una entrevista, sargento.
—¡Ni lo intente! —rugió Bishop, apuntándole con el índice.
Barry se echó a reír, contagiando al teniente Cramer.
Bishop rezongó algo ininteligible.

—Gracias por su información, teniente —dijo el reportero.

—Si averigua alguna cosa que nos pueda ayudar a encontrar al profesor Tunney, llámeme en seguida, Stevens —rogó Cramer.

—Lo haré, teniente, de lo prometo.

—No, no lo hará —profetizó Bishop—. Tratará de encontrarlo él.

—Eso podría ser muy peligroso, Stevens —advirtió Cramer.

—Descuide, teniente. Si descubro algo, se lo comunicaré a usted inmediatamente,

—Confío en ello, Stevens.

—Hasta la vista, teniente Cramer. Lo mismo le digo, sargento Bishop.

—A mí no me diga usted nada —gruñó Bishop.

—Alegre esa cara, hombre, que ya me voy.

—Mi humor no cambiará hasta que no le haya perdido de vista.

—Pues eso va a ser en seguida —repuso Barry, y caminó hacia la puerta, saliendo del despacho.

Jerry Bishop respiró, aliviado.

—Bueno, menos mal que... —empezó a decir, pero se interrumpió al ver que la puerta se abría de nuevo y el reportero asomaba por el hueco.

Barry Stevens tosió.

—Perdón, se me olvidaba decirles que...

—¡Fuera! —ladró Bishop, mostrándole los colmillos.

Barry, que había abierto de nuevo la puerta con la sola intención de enfurecer al corpulento Jerry Bishop, la cerró en el acto, porque no estaba vacunado contra la rabia, y el sargento parecía dispuesto a morderle algo.

Esta vez, el reportero no volvió a abrir la puerta.

Se alejó, riendo alegremente, porque recordaba el furioso gesto del sargento Bishop.

CAPITULO VII

Edward Tunney, a! quedar solo, intentó romper las abrazaderas que sujetaban sus muñecas contra los brazos del siniestro sillón.

Pronto se dio cuenta de que aquello no era posible.

Al menos, para él.

Hacía falta poseer la fuerza de un titán para romper aquellas tiras de resistente cuero.

El físico de la NASA, agotado por el esfuerzo y dolorido, desistió.

Permaneció un par de minutos con los ojos cerrados, la cabeza doblada sobre el pecho desnudo, la respiración jadeante.

Después, levantó lentamente la cabeza y abrió los ojos de nuevo.

Observó con más detenimiento todo cuanto le rodeaba.

No pudo evitar un estremecimiento al posar su mirada sobre la mesa de operaciones.

Y es que ya se veía tendido en ella, desnudo como estaba, las manos y los pies sujetos por las abrazaderas de cuero, totalmente indefenso.

¿Quién sería el hombre que le había obligado a ir a aquella casa?

¿Qué querría de él?

¿Qué haría con su cuerpo?

¿Y por qué no se dejaba ver?

Sólo conocía su voz.

Su fina, metálica, y extraña voz.

En ningún momento pudo verle la cara.

Edward Tunney desvió la mirada y observó los estantes, uno por uno, sin prisa.

De pronto, respingó sobre el sillón.

Fijos los ojos en un tarro de cristal.

Lo que aquel tarro contenía parecía... ¡un cerebro humano!

Era un, cerebro humano!

En la parte superior del tarro, en una tira de papel pegada al mismo, había algo escrito.

Edward Tunney aguzó la vista, porque la distancia le impedía leer con facilidad lo que allí decía.

Así pudo hacerlo.

En la tira de papel había escrito un nombre: «MICHAEL KELLY».

El físico volvió a respingar.

¡Michael Kelly!

¡Así se llamaba el célebre científico, recientemente desaparecido!

Edward Tunney se fijó en el tarro que había a la derecha del que contenía un cerebro humano.

Era idéntico, pero estaba vacío.

Como los que se alineaban a continuación, en el mismo estante.

Sin embargo, todos tenían pegada una tira de papel en la parte superior, y en todas ellas había algo escrito.

El físico de la NASA, esforzándose de nuevo, pudo leer el nombre que había escrito en la tira del segundo tarro: «EDWARD TUNNEY».

¡Edward Tunney!

¡Su nombre!

¡Aquel frasco estaba reservado para él!

¡Para su cerebro!

Edward Tunney sintió que el calor huía rápidamente de su cuerpo.

Que se quedaba frío.

Helado.

Las rodillas empezaron a temblarle.

También las manos.

Y los labios.

El físico de la NASA cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Se dijo que aquello no podía ser cierto.

Debía de estar sufriendo una espantosa pesadilla.

Sí.

Seguro que era eso.

De un momento a otro se despertaría y se encontraría acostado en su cama.

Este pensamiento pareció tranquilizar un poco al físico. Sin embargo, fueron transcurriendo los minutos y no se despertaba.

Claro.

¿Cómo iba a despertarse, si no estaba dormido?

¡Todo era real!

De repente, se escuchó un ruido.

Un ruido de goznes.

Una puerta acababa de abrirse.

La de aquella macabra estancia.

Edward Tunney abrió los ojos con brusquedad, sintiendo culebrear el pánico en sus huesos.

Su terror se acentuó al ver aparecer a aquel engendro humano que respondía al nombre de Kid.

Ahora llevaba puesta una larga bata blanca y portaba un maletín pequeño y alargado, de cuero negro.

Lo vio caminar directamente hacia él.

El corazón del físico comenzó a latir desacompasadamente.

Más que latir, parecía brincarle dentro del pecho.

Kid se detuvo junto al físico de la NASA, puso el extraño maletín sobre una pequeña mesa y lo abrió.

Extrajo de él una maquinilla de cortar el pelo.

Se situó detrás del sillón y sujetó con su mano izquierda la cabeza del físico.

Edward Tunney exclamó:

—¡Eh! ¿Qué va a hacerme?

—Cortarle el pelo —respondió Kid, con su siniestra voz, atacando ya la abundante y revuelta cabellera gris del físico.

—¡Yo no necesito ningún corte de pelo! —protestó Edward.

—Para lo que van a hacerle dentro de un rato, sí. Un corte de pelo al rape. Y un afeitado de cabeza.

—¿Al rape...? ¿Afeitado de cabeza...? —balbució el físico.

—Sí.

—¿Qué... qué es lo que van a hacer conmigo?

—El doctor Klugman se lo dirá.

Edward Tunney respingó nerviosamente.

—¿Ha dicho Klugman?

—Sí.

—¿Francis Klugman?

—Sí.

—¿Qué quiere ese loco de mí?

—El doctor Klugman no está loco.

—¡Lo está desde que nació!

—Es el hombre más inteligente del mundo.

—¿Inteligente...? ¡Pero si está como una cabra, el pobre!

—Eso es lo que todos creen, pero están equivocados. Algún día se darán cuenta de su error, y pedirán perdón al doctor Klugman por haber dudado de su inteligencia.

Edward Tunney guardó silencio.

Si el gorila de Kid afirmaba que el doctor Klugman era un hombre inteligente, significaba que estaba tan loco como él.

Y a los locos había que tratarlos de un modo muy particular, para obtener de ellos lo que se pretendía.

El físico decidió tratar así al simio de Kid.

—Dígame una cosa, Kid —rogó, en tono suave.

—¿Qué? —gruñó el engendro.

—¿Qué es aquello?

—¿El qué? —Kid miró en la misma dirección que el físico de la NASA.

—Lo que contiene el tarro en cuya parte superior dice «Michael Kelly».

—¿De veras no lo sabe?

—No —mintió Edward.

—Es un cerebro humano.

—¿El del profesor Kelly?

—Sí.

—El profesor Kelly desapareció hace unos días...

—Sí.

—¿Lo obligó el doctor Klugman a venir aquí, como a mí?

—Sí.

—¿Y qué ha sido de él?

—Murió.

—¿Cómo murió?

—El doctor Klugman le extirpó el cerebro.

Edward Tunney sintió que se le erizaba la piel.

—¿Cuando aún estaba... vivo?

—Claro —asintió Kid, que seguía dándole a la maquinilla de cortar el pelo.

El físico de la NASA creyó morirse de horror.

No obstante, hizo un esfuerzo por sobreponerse y continuó el hábil interrogatorio.

—¿Para qué quiere el doctor Klugman el cerebro del profesor Kelly?

—Piensa formar una colección.

—¿Qué? —pestañeó Edward, creyendo no haber oído bien.

—¿No hay coleccionistas de sellos, de monedas, y de otras muchas cosas? Pues el doctor Klugman va a coleccionar cerebros humanos. Y va a ser una gran colección, porque sólo tendrán cabida en ella los cerebros de los hombres y las mujeres más inteligentes del mundo. E! del profesor Kelly fue el primero. El suyo, profesor Tunney, será el segundo. Y los de los científicos cuyos nombres figuran en los restantes tarros vacíos, vendrán a continuación, en ese mismo orden. Irán engrosando la colección a razón de uno por semana.

Edward Tunney no habló.

Estaba demasiado horrorizado.

¡Una colección!

¡Una colección de cerebros humanos!

¡Cerebros extirpados de unos cuerpos en vida!

Y aún decía el engendro de Kid que el doctor Klugman no estaba loco...

¡Claro que estaba loco!

¡Y su locura le había convertido en un asesino!

¡En un demonio!

¡En un monstruo!

Edward Tunney notó que se le nublaba la vista.

Estaba a punto de desmayarse de horror.

Y de terror.

Kid lo había dicho.

Su cerebro iba a ser el segundo de la colección.

Le quedaban, pues, muy pocas horas de vida.

Y si horroroso es que uno sepa que le quedan pocas horas de vida, mucho más horroroso era saber que iba a morir de aquel modo.

En una mesa de operaciones.

A manos de un desequilibrado mental.

De un loco asesino.

De un coleccionista de cerebros...

Pero Edward Tunney no se desmayó.

Kid acabó de cortarle el pelo al rape y luego le afeitó la cabeza.

—Listo, profesor Tunney.

El físico no respondió.

Kid lo guardó todo en el maletín y acto seguido soltó las abrazaderas de cuero que sujetaban a Edward Tunney, al que agarró por un brazo.

Lo obligó a levantarse y lo llevó hacia la mesa de operaciones.

Edward Tunney sentía tal debilidad en las piernas, que estuvo a punto de caerse.

Kid lo sostuvo.

Cuando estuvieron junto a la mesa de operaciones, el engendro humano levantó al físico y lo dejó tendido sobre ella.

Edward Tunney quiso resistirse, pero poco pudo hacer, dada la potencia muscular de Kid.

Este le sujetó las manos y los pies con las abrazaderas. Después, la cintura y el pecho, con anchas correas.

El físico de la NASA quedó totalmente inmovilizado.

Kid abandonó la macabra estancia, dejándolo nuevamente solo.

Aunque no lo estaría por mucho tiempo...

CAPITULO VIII

Unos minutos antes de las ocho de la tarde, Barry Stevens aparcaba su coche frente a su apartamento.

El reportero descendió del auto y echó a andar hacia la escalera, con gesto de cansancio.

Sí, estaba un poco cansado.

Había sido una jornada dura, en la que se había visto obligado a hacer muchas cosas.

Después de hablar con el teniente Cramer y de discutir con el sargento Bishop, había ido a visitar a los padres de Edward Tunney.

También había ido a ver a Chris Mersey, el amigo y colega del profesor Tunney.

Y no sólo con el objeto de realizar un buen reportaje sobre la desaparición del físico de la NASA.

Confiaba en encontrar alguna pista, por pequeña que fuera, que ayudara a descubrir el paradero de Edward Tunney, pero no la había hallado.

Si la policía no lo descubría pronto, el profesor Tunney moriría, y su cuerpo aparecería días más tarde en algún recóndito lugar, desnudo y con la cabeza cubierta por un amplio vendaje.

Una cabeza de la que ya habría sido extirpado su valioso cerebro...

Al reportero se le puso la carne de gallina, sólo de pensarlo.

Ya estaba frente a la puerta de su apartamento.

Extrajo la llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura, haciéndola girar.

La puerta se abrió y Barry penetró en su apartamento.

Encendió las luces, despojándose seguidamente de la chaqueta.

Pensó que una ducha le sentaría bien, por lo que se dirigió al cuarto de baño.

Se desnudó completamente y se introdujo en la bañera.

Justo en el instante en que se disponía a hacer girar la llave del agua, llamaron a la puerta.

—Qué oportuno, hombre... —rezongó, con gesto de contrariedad.

No tuvo más remedio que salir de la bañera y ponerse la bata de tela de toalla que colgaba de la pared.

Acudió a abrir, descalzo,

Al tirar de la puerta, se llevó una buena sorpresa.

—Doris... —murmuró.

En efecto.

Era Doris Remick.

—Hola, buitre —dijo la modelo publicitaria.

Y lo dijo de un modo tan encantador, que el reportero no encontró motivos para enfadarse.

—¿Cómo supiste que vivía aquí? —preguntó Barry.

—Lo averigüé consultando la guía telefónica —explicó ella.

—Sí, claro.

—¿No vas a invitarme a entrar...? —sugirió coquetamente Doris.

—Sí. Aunque no debería.

—¿Por qué?

—Porque voy en bata. ¿Es que no lo ves? —observó

Barry, irónico, porque eso mismo fue lo que le dijo ella a él la noche anterior.

—¿Y qué tiene eso de particular? —preguntó Doris, siguiendo el juego.

—Tengo miedo de que me seduzcas.

—Tú eres el seductor, no yo.

—Adelante, Doris —indicó el reportero, riendo.

La modelo entró en el apartamento.

Barry cerró la puerta, mientras Doris, que lucía un sugestivo vestido, de escote en forma de «V», lo observaba todo con curiosidad.

—No está mal tu cubil, Barry.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Más que yo?

Doris le miró, con un brillo distinto en la mirada.

—Un poco menos.

Barry fue hacia ella y la enlazó por el talle, atrayéndola suavemente hacia sí.

—¿Te has enamorado de mí, Doris?

—Como una tonta. ¿Y tú de mí?

—Como un idiota.

Se besaron en los labios.

Tras el beso, muy apasionado, Doris dijo:

—Siento mucho lo de anoche, Barry.

—Olvídalo.

—No debí llamarte buitre.

—De ahora en adelante, puedes llamarme lo que quieras. No volveré a enfadarme.

Se besaron de nuevo, con las mismas ganas que antes. Luego, Doris preguntó:

—¿Por qué vas en bata?

—Iba a darme una ducha.

—¿No pensabas salir esta noche?

—No.

La modelo compuso un mohín de enfado.

—Qué poca palabra, hijo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Barry.

—Me prometiste llevarme a cenar esta noche, ya que no pudiste hacerlo

anoche. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Sí, no lo he olvidado. Pero pensé que no aceptarías, después de lo que sucedió ayer.

Doris sonrió atrevidamente.

—No estaba tan enfadada como parecía, ¿sabes?

—¿Ah, no?

—Me gustó que me besaras y me acariciaras, Barry. Y si no te dejé continuar fue porque me atormentaba la idea de que sólo pretendieras aprovecharte de mí, que sólo te importara físicamente. Ya sabes... Un hombre conoce a una chica, hace el amor con ella, y luego, si te he visto no me acuerdo.

Barry sonrió.

—Conmigo no te hubiera sucedido eso, Doris.

—Aún podría sucederme.

—Estoy enamorado de ti, ya te lo he dicho.

—Y yo quisiera creerte, pero...

—Pero no me crees —suspiró el reportero.

—Nos conocemos tan poco, Barry...

—Yo sí te creo cuando dices que estás enamorada de mí, Doris. ¿Por qué has de dudar tú de mí?

—Es distinto, Barry. Tú no tienes nada que perder.

—¿Y tú sí?

Doris Remick bajó la cabeza y musitó:

—Sí.

Barry Stevens le tomó la barbilla y la obligó a levantar de nuevo la cabeza.

Se miraron a los ojos.

—¿Es eso cierto, Doris?

—¿Por qué te extrañas? Sólo tengo veintidós años.

—A esa edad, muchas chicas ya...

—Pues yo no. Y no creas que ha sido por falta de proposiciones.

—De eso no me cabe la menor duda.

—Quizá te parezca un poco anticuada, pero yo soy de las que todavía piensan que una mujer no debe entregarse a un hombre sin amor.

Barry le acarició el rostro, tiernamente.

—No tengo nada contra eso, Doris. Al contrario. Es hermoso comprobar que la mujer de quien uno se ha enamorado, no ha pertenecido antes a otro hombre.

—¿De veras piensas así, Barry? —se alegró la modelo.

—Sí, puedes creerme.

—Hay hombres que prefieren lo contrario, porque se aburren con las mujeres que no tienen experiencia.

—Esos tipos son idiotas —dijo Barry, y la befó por tercera vez, con mucha pasión también.

Doris se abrazó a él con fuerza.

La mano izquierda del reportero se deslizó hacia el cierre del vestido femenino y tiró de él hacia abajo, suavemente.

Cuando empezaba a acariciarle la desnuda espalda, Doris separó su boca de la de él y sugirió:

—¿Por qué no lo dejamos para luego, Barry?

—¿Sabes lo que solía decir mi abuelo, Doris? .

—¿Qué solía decir tu abuelo?

—Que no se debe dejar para luego lo que se puede hacer ahora.

El reportero intentó besarla de nuevo, pero ella le puso una mano en los labios.

—Tengo hambre, Barry.

—Ya cenaremos después —dijo él, mordisqueándole la yemita del dedo corazón, que era una delicia.

—Después nos dará pereza vestirnos.

—¿Y quién ha dicho que tengamos que vestirnos para cenar?

—No pretenderás que nos presentemos desnudos en el restaurante chino...

—Olvídate del restaurante chino. Cenaremos aquí, en mi apartamento. Emparedados y cerveza, como anoche.

—Prefiero la comida china.

—Yo sé preparar comida chima, no te preocupes —dijo Barry, aunque no era cierto—. Si quieres comida china, la tendrás.

—¿Has estado alguna vez en China, Barry?

—No.

—¿Y cómo es que sabes preparar comida china?

—Tuve una amiguita china.

—¿Y aún tienes la cara de decírmelo?

—¿Qué tiene de malo haber tenido una amiguita china?

—¿Te agradaría a ti que yo hubiese tenido un amiguito chino?

—Creo que no.

—¿Te das cuenta?

—¿De lo ricas que están tus yemitas? —preguntó el reportero, que seguía mordisqueándoselas, sin dejar de acariciarle la suave y tibia espalda.

—De lo egoísta que eres.

—¿Egoísta, yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué?

—Por lo de los chinos.

—¿Qué les pasa a los chinos?

—No te hagas el loco.

—Lo estoy; por ti.

A Doris se le escapó un gemido de placer, porque los dedos del reportero eran muy hábiles y conocían perfectamente las zonas más sensibles de una espalda femenina.

—Barry... —susurró, cerrando los ojos un instante, al tiempo que se

estremecía.
—¿Sí, cariño?
—¿Me quieres?
—Te quiero..
—¿Me adoras?
—Te adoro.
—¿Me comprarás un loro?
—Te compraré un loro.
Doris le pegó un empujón y lo apartó de ella.
—¿Te das cuenta, Barry? —exclamó, furiosa.
—¿De qué? —preguntó el reportero, extrañado por la violenta reacción de la modelo.
—¡Hablas como un robot, sin pensar en lo que dices!
—¿Yo...?
—¡Has dicho que me comprarás un loro!
Barry pestañeó.
—¿Que yo...?
—¡Si, tú!
—No lo recuerdo, pero si es verdad que he dicho que te compraré un loro, te lo compraré. Yo siempre cumplo mis promesas.
Doris dio una rabiosa patadita en el suelo.
—¿Y para qué diablos quiero yo un loro?
—¿Prefieres una cotorra?
—¡Prefiero un cuerno!
Barry cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó un suspiro.
—No entiendo nada de lo que está pasando, Doris. ¿Puedes creerme?
—Yo sí lo entiendo, y no me gusta nada —gruñó la modelo, subiéndose el cierre del vestido, con lo cual daba a entender que basta de caricias.
—¿Vamos a pelear otra vez, Doris?
—Me temo que sí. Por eso sugiero que te vistas y me lleves a ese restaurante chino.
—Te has propuesto ligarte a un chino, ¿eh? —bromeó Barry.
—Pues a lo mejor lo hago. ¿No te ligaste tú a una china?
—No le des tanta importancia, Doris. Fue una aventurilla de nada.
—Eso es lo que tú dices.
—Lo sé mejor que nadie.
—Anda, ve a vestirte.
—¿Qué te parece si pongo cara de chino y me ligas a mí?
—No seas payaso —dijo Doris, sin poder reprimir una sonrisa, porque el reportero ya estaba poniendo cara de oriental y le salía bastante bien.
—De acuerdo, me vestiré —suspiró Barry—, Pero insisto en que hubiera sido mejor quedarnos aquí. Y cenar «después», en lugar de «antes».
Doris amplió su sonrisa.
—Todo se andará, no seas impaciente.

—Estaré listo en unos minutos —dijo el reportero, y se dirigió a su dormitorio.

Apenas había dado un par de pasos, cuando el teléfono se puso a sonar.

—Debe ser la chinita —ironizó, mirando a la modelo.

—¿A qué te tiro el bolso a la cara? —amenazó Doris.

Barry rió y fue hacia el teléfono, cuyo auricular descolgó y se llevó al oído.

—¿Sí?...

—¿Señor Stevens? —preguntó una voz fina, metálica, extraña.

—Sí, al habla. ¿Quién llama?

—El coleccionista de cerebros —respondió el tipo que estaba al otro lado del hilo telefónico.

CAPITULO IX

Barry Stevens dio un respingo.

—¿El coleccionista de qué...? —exclamó, con gesto de incredulidad.

—De cerebros. De cerebros humanos —repitió el tipo.

—¿Quién es usted? ¿De qué me habla?

—Quién soy, no puedo decírselo, porque me delataría usted a la policía y ella me detendría.

—¿Por qué iba a detenerle la policía? ¿Es que ha hecho usted algo malo?

—Yo pienso que no, pero seguro que ellos opinan lo contrario.

—¿Qué ha hecho usted, dígame?

—Secuestrar al profesor Kelly y extirparle el cerebro.

El reportero pareció recibir una descarga eléctrica.

Tan violentamente se estremeció, que Doris Remick, preocupada, preguntó:

—¿Te sientes mal, Barry...?

El reportero la miró.

Con la cabeza le dijo que no, que se encontraba bien, y con la mano le rogó que se mantuviera callada.

—¿Sigue usted ahí, señor Stevens? —preguntó la extraña voz.

—Sí, continúo aquí —respondió Barry, gravemente.

—¿No está solo?

—Sí, estoy solo —mintió el reportero.

—Me pareció oír una voz femenina...

—Ha sido un maullido.

—¿Un maullido?

—tengo una gata y está reclamando su leche.

—Pobrecita.

—No se preocupe, ya se la pondré después.

—Procuraré no entretenerle mucho.

—¿Qué es lo que quiere, doctor?

Barry, lógicamente, no pudo verlo, pero supo que acababa de sorprender a su interlocutor.

El silencio de éste era harto significativo.

—¿Continúa usted ahí, doctor...? —preguntó el reportero, con ironía.

—¿Cómo sabe que soy doctor? —habló por fin el tipo.

—Acaba usted de confesar que extirpó el cerebro del profesor Kelly, ¿no?

Doris se estremeció.

—Dios mío... —musitó, cubriéndose la boca con la mano.

Barry volvió a suplicarle con el gesto que guardara silencio.

—Sí, lo he confesado —dijo el tipo de la voz extraña.

—Entonces, tiene qué ser cirujano. Un mecánico, un carpintero, o un albañil, por citar sólo algunas profesiones, no serían capaces de abrir el cráneo

de un ser humano, extirparle limpiamente el cerebro, y cerrárselo de nuevo. ¿De acuerdo, doctor?

A través del cable telefónico llegó nítida la risita que emitió el tipo.

Una risita que producía frío.

—De acuerdo, señor Stevens. Puede usted llamarme doctor, porque lo soy —admitió.

—Como no quiere decirme su nombre, le llamaré Doctor X.

—Me gusta, sí —volvió a reír el tipo.

—¿Por qué me ha llamado, Doctor X?

—Sé que usted encontró el cadáver del profesor Kelly. He leído su reportaje. Es magnífico.

—Gracias, muy amable.

—¿Le gustaría hallar también el cadáver del profesor Tunney?

El cuerpo del reportero sufrió otra violenta sacudida.

Con voz enronquecida, inquirió:

—¿Le ha matado usted, también?

—¡Oh, no! Yo no he matado a nadie, señor Stevens. Ni al profesor Kelly, ni al profesor Tunney. Yo me limité a extirparles el cerebro.

—Sin cerebro, no se puede vivir mucho tiempo, apenas unas horas...

—Es cierto. El corazón sigue latiendo, hasta que se consumen por completo las energías que lógicamente almacena todo cuerpo humano. Cuestión de horas, como muy bien ha señalado usted. Luego, se para y sobreviene la muerte.

—¿Y aún tiene usted el cinismo de decir que no mató a esos dos hombres? —espetó Barry, con el rostro crispado por la ira que corroía su cuerpo.

—Sí, yo no los maté. Se murieron ellos.

—¡Porque usted les extirpó el cerebro! —rugió el reportero.

—Los necesitaba.

—¿Para qué?

—Para formar mi colección, ya se Io dije.

—¿Una colección... de cerebros humanos? —exclamó Barry, sin poderlo creer.

—Sí. Tal vez a usted le parezca raro, pero..,

—¿Raro...? ¡Lo que me parece es monstruoso!

—Porque no es usted un hombre de ciencia, señor Stevens. Si lo fuera, opinaría de otro modo.

—¡Opinaría igual!

—Bien, no Le he llamado para discutir eso, sino para indicarle dónde puede encontrar el cadáver del profesor Tunney. ¿Le interesa o no?

Barry tardó unos segundos en responder.

Los empleó tratando de serenarse, porque se hallaba muy excitado.

Doris le miraba, las facciones recubiertas por una perceptible palidez.

—Sí, me interesa —respondió el reportero.

—Lo encontrará en una mina abandonada.

—¿Dónde está esa mina?

El tipo se lo explicó.

—¿Sabrá dar con ella, señor Stevens?

—Sí, sabré encontrarla.

—Bien. Espero que escriba otro excelente reportaje sobre la muerte del profesor Tunney.

—Procuraré esmerarme.

—Le autorizo a que explique a los lectores de El Eco de Los Angeles para qué quiero los cerebros de los científicos que secuestro.

—Lo haré, no lo dude.

—Se lo agradezco. Quiero que todo el mundo hable del coleccionista de cerebros.

—¿Puedo hacerle una pregunta tonta, Doctor X?

El tipo rió.

—Me gustan más las preguntas inteligentes, pero adelante, hágamela —autorizó.

—¿Quién será el siguiente?

—¿Me está preguntando el nombre de la próxima persona a quien voy a secuestrar y extirpar el cerebro?

—Sí.

El tipo dejó oír de nuevo su siniestra risa.

—Tenía usted razón, señor Stevens. La pregunta es de lo más tonta. Si yo le dijera el nombre de mi próxima víctima, usted se apresuraría a advertirle del peligro que corre y la persona en cuestión tomaría las debidas precauciones para que yo no pudiera llevar a cabo mi propósito.

—Lógicamente.

—No debió hacerme una pregunta tan ingenua, señor Stevens. Usted sabía de antemano que no le iba a responder.

—Sí, lo sabía.

—Adiós, señor Stevens. Y recuerdos a su amiga Sally.

—¿Sally?

—Sí, la chica que estaba con usted, cuando encontró el cadáver del profesor Kelly. Al menos, eso dice usted en su reportaje...

—Y es cierto. Estaba conmigo.

—Salúdela de mi parte, por favor.

—Lo haré.

—Hasta pronto, señor Stevens.

—¿Volverá a llamarme, Doctor X?

—Sí, para indicarle dónde puede hallar el cuerpo de mi tercera víctima. Pero la próxima vez muy breve. No puedo arriesgarme a que la policía localice mi llamada y me ponga en dificultades.

—Puede que esté usted loco, Doctor X, pero desde luego no está tonto.

Barry percibió un ronco jadeo a través de la línea telefónica.

—¿Le ocurre algo, Doctor X?

—No debió hacerlo, señor Stevens.

—¿Qué es lo que no debí hacer?

—Llamarme loco.

—¿Por qué no, si lo está?

—¡Yo estoy tan cuerdo como usted, señor Stevens!

—Lamento llevarle la contraria, Doctor X, pero en mi opinión, está usted como una regadera.

—¡Soy un ser inteligente! ¡Un genio de la ciencia!

—Un enfermo mental, eso es lo que es usted. ¿Cómo, si no, podría haber llevado a cabo tamaña atrocidad? Extirpar el cerebro a seres humanos para formar una colección... ¡Y a seres humanos vivos!

—¡Muertos no me interesan!

—¿Sabe una cosa, Doctor X? También a mí me están entrando ganas de formar una colección.

—¿De cerebros humanos?

—¡De locos perdidos! ¡Y usted sería sin duda el ejemplar más valioso de mi colección, porque no se puede estar más loco de lo que lo está usted!

El tipo emitió un rugido de cólera.

—¡Se arrepentirá de lo que ha dicho, señor Stevens! ¡Yo haré que lamente haber pronunciado esas palabras!

—Lo que debería hacer usted es ir corriendo al manicomio más próximo y pedir que le encierren. No necesitaría recomendación para entrar, se lo aseguro.

—¡Maldito...! —barbotó el tipo, y cortó bruscamente la comunicación.

CAPITULO X

Barry. Stevens colgó el auricular, bruscamente también.

Doris Remide se acercó a él y le cogió el brazo.

—Barry... —murmuró, pálida todavía.

—Era el asesino, Doris.

—No he logrado entender muchas de las cosas que decías, Barry.

—No me extraña. No es fácil de entender lo que está pasando.

—Abrázame fuerte, Barry. Lo necesito.

El reportero la estrechó contra su pecho.

—Ese loco asesino... —masculló.

—Mató a otro hombre, ¿verdad?

—Sí. Hoy mismo. Se llamaba Edward Tunney. Era físico y trabajaba en el Centro Espacial de Houston. Yo ya tenía noticia de su desaparición, me enteré esta mañana —explicó Barry.

—¿Por qué te ha llamado a ti?

—Ha leído en mi reportaje que yo encontré el cadáver del profesor Kelly, y quiso indicarme dónde puedo hallar el del profesor Tunney.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer?

—Avisar a la policía, naturalmente.

—¿Por teléfono?

—Personalmente.

—Entonces, adiós restaurante chino.

—Sí, me temo que sí. Tengo que ir con la policía a ese lugar, bastante alejado de la ciudad, y luego ir a la redacción de mi periódico, para escribir el reportaje.

—Total, que hasta las once u once y media de la noche estarás ocupado.

—Más o menos, sí.

—Pues que bien.

—Lo siento mucho, Doris, pero soy reportero, y un reportero debe estar siempre allí donde surge la noticia. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro.

—Te mereces un beso, por ser tan comprensiva —sonrió Barry, y se lo dio. Luego, dijo—: Iré a vestirme.

—Sí.

El reportero se introdujo en su dormitorio.

Escasos minutos después, salía de él completamente vestido.

Tomó a la modelo publicitaria por el codo y dijo:

—Vamos, Doris. Te llevaré a casa.

—Tengo una idea mejor, Barry.

—¿De veras?

—Me quedaré aquí.

—¿En mi apartamento...?

—Sí.

El reportero movió la cabeza en sentido negativo.

—No puede ser, Doris.

—¿Por qué? —preguntó ella, extrañada.

—Podía ser peligroso para ti.

—¿Peligroso? No entiendo. Barry...

—Al Doctor X le sentó como un rayo que yo le llamara loco, y me amenazó.

El color huyó nuevamente del bello rostro de la modelo.

—Eso significa que corres peligro, Barry...

—Sí, es posible que sí.

—Te conviene cambiar de domicilio hasta que ese loco sea descubierto y apresado por la policía.

—Ya lo había pensado.

—¿Has pensado también dónde podrías instalarte?

—Sí.

—¿Dónde?

—En tu apartamento.

—Sólo dispongo de una cama, Barry... —informó Doris, sonriendo.

—Si dispusieras de dos, sobraría una —repuso el reportero, y la besó en la punta de la nariz.

—Atrevido.

—¿Lo dices por el beso en la nariz?

—Lo digo por lo de la cama.

—Nos queremos, ¿no?

—Sí.

—Entonces, no se hable más. Desde esta noche, dormiré en tu apartamento.

—Y en mi cama.

—Y en tu cama.

—¿Y cuándo será la boda?

—¿Qué boda?

—La nuestra.

—¡Oh!, eso ya vendrá, no te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe? Yo no quiero vivir con un hombre que no es mi marido. Y mucho menos, dormir con él.

—Muchas parejas viven así sin estar casados, Doris.

—Nosotros, no. Si no hay unión matrimonial, no hay unión de la otra.

—Bueno, ya discutiremos eso en otro momento. Ahora no hay tiempo.

—Lo discutiremos. Ya lo creo que lo discutiremos.

Barry sacó a la modelo del apartamento.

Descendieron rápidamente por la escalera y subieron al coche.

Barry lo puso en marcha.
Minutos después, lo detenía frente al apartamento de Doris.
Ella salió del coche.
—Hasta luego, Barry —le sonrió.
—Estaré contigo lo antes posible, Doris.
—Te tendré preparados unos emparedados.
—Los devoraré. Y a ti también, como sigas tan apetecible.
—Comer carne humana es pecado, Barry —advirtió la modelo.
—Entonces, seguro que iré al infierno, porque no pienso dejar de ti ni los huesos.
—Si no supiera que estás bromeando, me pondría a temblar.
—¿Quién bromea?
Doris rió.
—Te estaré esperando, Barry —dijo, y le lanzó un beso al aire.
El reportero se lo devolvió y puso el coche en movimiento.

* * *

Minutos más tarde, lo estacionaba frente al Departamento de Policía.
Saltó del auto, penetró en el Departamento y se dirigió rápidamente al despacho del teniente Cramer.
Tuvo suerte, y lo pilló allí.
También tuvo un poco de desgracia, porque con el teniente se hallaba el sargento Bishop, quien lo fulminó con la mirada apenas verlo entrar.
—Con tanta gente que resulta atropellada a diario, hombre... —rezongó Jerry Bishop.
Leo Cramer, que oyó lo que murmuraba su subordinado, advirtió:
—No empecemos, Bishop.
—Eso digo yo —gruñó Barry—, ¡Mira que desear verme tendido en una calzada, bajo las ruedas de un autobús...!
—De dos pisos —masculló Bishop, aunque mucho más bajo que antes, para que no pudiera oírle su superior.
—¿Averiguó algo, Stevens? —inquirió Cramer.
—El profesor Tunney ha muerto, teniente Cramer —informó Barry, gravemente. Tanto Leo Cramer cómo Jerry Bishop acusaron visiblemente la noticia.
—¿Encontró su cadáver, Stevens? —interrogó el primero.
—No; pero sé dónde encontrarlo. En una mina abandonada.
—¿Cómo lo averiguó?
—El Doctor X me lo dijo.
—¿Quién...? —respingó Bishop.
—El Doctor X —repitió Barry—. Así llamo yo al loco que asesinó al profesor Tunney —explicó—. El tipo me telefoneó hace un rato a mi apartamento.

El reportero les refirió la conversación que mantuvo con él, omitiendo sólo lo que se refería a Doris, pues no quería mencionar a la modelo para nada.

El teniente Cramer y el sargento Bishop no podían dar crédito a sus oídos.

—¡Un coleccionista de cerebros...! —exclamó Cramer.

—¡De cerebros humanos...! —exclamó Bishop.

—Sí, para eso quiere los cerebros el Doctor X, para formar una colección —repitió Barry.

—¡Qué monstruosidad! —dijo Cramer.

—¡Ese tipo es el rey de los locos! —opinó Bishop.

—Por una vez estamos de acuerdo, sargento —dijo Barry.

El teniente Cramer se puso en pie.

—Vamos a esa mina, sargento.

—Puedo ir con ustedes, ¿verdad? —preguntó Barry.

—Desde luego —autorizó Cramer.

—Gracias, teniente.

Salieron los tres del despacho y abandonaron el Departamento.

Barry Stevens montó en su coche y los detectives en uno de la policía.

Partieron hacia la vieja mina.

Una ambulancia saldría también hacia allí, poco después.

Tardaron unos veintiocho minutos en llegar a la mina.

Salieron de los coches.

El teniente Cramer indicó al sargento Bishop que encendiese su linterna.

Bishop la sacó de su bolsillo y la accionó, proyectando el haz de luz hacia la entrada de la mina.

Leo Cramer, desconfiado, como todo buen policía, extrajo su revólver.

—Adentro —indicó.

Los tres hombres penetraron cautelosamente en la mina.

No tardaron en descubrir el cuerpo del infortunado Edward Tunney.

Estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared.

Prácticamente desnudo.

La cabeza cubierta por un amplio vendaje.

En esta ocasión, el teniente Cramer no ordenó al sargento

Bishop que quitase el vendaje que cubría la cabeza de la víctima.

¿Para qué?

Sabía lo que había debajo de él.

Un cráneo rapado, rodeado completamente por un escalofriante costurón...

CAPÍTULO XI

El timbre del apartamento de Doris Remick se puso a sonar.

La joven respingó sobre el sofá.

—¡Barry! —exclamó, sorprendida, porque aún faltaban quince minutos para las diez, y el reportero le había asegurado que estaría ocupado hasta las once por lo menos.

Debía de haber terminado su trabajo mucho antes de lo previsto.

¿Tal vez empujado por el deseo de reunirse lo antes posible con ella y...?

Sí.

Seguro que había sido eso.

Doris, muy contenta, saltó del sofá y corrió a abrir. Se llevó una gran desilusión, porque no era Barry Stevens.

Se trataba de un hombrecillo de unos cuarenta y cinco años de edad, cabello plateado, abundante. Sus ojillos, de pupilas muy claras, miraban de un modo agudo, penetrante, muy extraño.

A Doris le dio un poco de miedo, y no supo disimularlo.

—¿Señorita Remick...? —preguntó el hombrecillo, con una voz fina, metálica, muy extraña también.

—Sí... —asintió Doris—. ¿Quién es usted?

—Francis Klugman, capitán de Ia policía de Los Angeles —respondió el tipo, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Extrajo de él una placa y se la mostró a la modelo publicitaria.

Pero se la mostró de un modo tan fugaz, que Doris no supo si era realmente una placa de policía o la placa de un perro.

El tipo se la guardó en el bolsillo.

—¿En qué puedo servirle, capitán? —preguntó Doris.

—Soy portador de malas noticias, señorita Remick.

Doris se alarmó.

—¿Malas noticias?

—Se trata de Barry Stevens.

A Doris le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué le ha ocurrido? —inquirió nerviosamente.

—¿Le habló él de una mina abandonada, donde según el Doctor X, ese loco asesino, se hallaba el cadáver del profesor Tunney?

—Sí.

—Era una trampa.

—¡Oh, no...! —gimió Doris, llevándose las manos a las mejillas, faltas de color.

—El cadáver del profesor Tunney estaba allí, sí; pero también una poderosa carga de explosivos, que el Doctor X hizo estallar cuando el teniente Cramer, el sargento Bishop y Barry Stevens, penetraron en la mina.

—¡Dios mío! —exclamó ahogadamente Doris, los ojos dilatados de horror.

—El teniente Cramer y el sargento Bishop murieron en el acto.

—¿Y Barry...?

—Vive, aunque está muy mal herido. Le salvó de la muerte instantánea el hecho de que él fuera el último en penetrar en la mina.

—¿Se salvará, capitán? —preguntó Doris, los ojos arrasados ahora de lágrimas.

—Es difícil predecirlo, señorita Remick. Barry Stevens es un joven de una gran fortaleza física, y tal vez eso le ayude a superar las graves lesiones que padece. Estoy aquí porque quiere verla a usted, antes de... Bueno, él piensa que va a morirse, que no tiene salvación. Necesita su aliento, señorita.

—¡Lléveme junto a é!, capitán! ¡De prisa! —suplicó Doris, saliendo de su apartamento y cerrando la puerta.

—Vamos, señorita Remick.

Descendieron con rapidez por Ia escalera y alcanzaron la calle.

Junto a la acera se hallaba estacionado un Sedán negro.

Francis Klugman abrió la portezuela de atrás e indicó:

—Suba, señorita.

Doris se introdujo rápidamente en el coche.

Entonces fue cuando descubrió al horrible ser.

Quiso gritar, horrorizada, pero el engendro humano le cubrió la boca con su enorme y velluda mano, mientras con el otro brazo le rodeaba el pecho, sujetándola fuertemente contra sí.

Francis Klugman ya había cerrado la portezuela y ahora se estaba instalando frente al volante.

Puso el motor en marcha y el Sedán arrancó un instante después.

En el asiento de atrás, Doris se agitaba y pataleaba desesperadamente, intentando librarse del musculoso individuo.

No lo consiguió:

El gigantesco ser parecía tener la fuerza de un búfalo.

Y no de un búfalo cualquiera.

De un búfalo jefe de manada.

Doris, rendida por el esfuerzo, dejó de debatirse y quedó como muerta sobre el asiento, respirando agitadamente.

Esta última circunstancia hacía que sus túrgidos senos subiesen y bajasen violentamente, asomando más de la cuenta por el pronunciado escote del vestido.

Ello debió excitar al engendro humano, pues la mano de éste, la que sujetaba los brazos de la muchacha, se movió de pronto hacia allí y se introdujo en el escote.

Doris se agitó de nuevo y pateó con furia, al tiempo que trataba de arañar la fea cara del gorila con la mano que éste le había dejado libre para manosearle los senos.

—¡Kid! —intervino Francis Klugman, autoritario.

El simio supo entender que su jefe le ordenaba que dejase en paz a la chica,

y se apresuró a sacar la mano del escote femenino, sujetando nuevamente los dos brazos de la muchacha.

—Tranquilícese, señorita. Kid no volverá a tocarla —aseguró Klugman.

Doris se relajó de nuevo, aunque no estaba muy segura de que el llamado Kid no intentase manosearla nuevamente.

Francis Klugman siguió hablando:

—Soy el doctor Klugman, señorita Remick. El Doctor X, como me llama ese bastardo de Barry Stevens, a quien tanto parece querer usted.

Doris sintió que se le helaba la sangre en las venas.

¡El Doctor X!

¡El loco asesino!

¡El hombre que había extirpado el cerebro al profesor Kelly y al profesor Tunney!

¡Y ella estaba en su poder!

Francis Klugman continuó:

—Yo quería ayudar a Barry Stevens, proporcionándole información para sus reportajes, pero él me llamó loco, y eso no se lo perdono a nadie. Le juré que me vengaría de él, y voy a hacerlo. Usted me servirá para hacerle venir a mi casa. Cuando le telefoneé hace un par de horas, lo hice desde una cabina, no lejos de su apartamento. Le había estado esperando. Le vi llegar y subir a su apartamento. Cuando me disponía a llamarle, la vi llegar a usted en un taxi. Tuve la corazonada de que era usted Sally, la chica de quien hablaba Barry Stevens en su reportaje, y esperé. La vi entrar en el apartamento del reportero.

Klugman hizo una breve pausa y prosiguió:

—Al ver que pasaba el tiempo y usted no bajaba, pensé que la cosa iba para largo, así que me decidí a llamar. Mientras hablaba con Barry Stevens, la oí a usted. Stevens dijo que era su gata que maullaba, reclamando su leche, y yo fingí creerle. Cuando colgué el auricular, furioso por los insultos del reportero,, volví a mi coche y esperé. Ustedes no tardaron en bajar. Les seguí en mi coche. De ese modo supe dónde vivía usted, señorita. Y También que no se llamaba Sally, sino Doris Remick. Lo leí en su buzón de correos. Me fui rápidamente a por Kid, mi ayudante, y volví a su apartamento. Hice bien el papel de capitán de la policía de Los Angeles, ¿verdad?

Doris no pudo responder.

La férrea mano de Kid seguía presionando su boca.

La otra, afortunadamente, no había vuelto a meterse por su escote.

Francis Klugman concluyó:

—Cuando Barry Stevens sepa que la tengo a usted en mi poder, hará todo lo que yo le diga. Y una vez lo tenga a él también en mi poder...

No dijo lo que pensaba hacer con el reportero, pero, por el tono de su voz, Doris supo que le tenía reservado algo monstruoso.

Y realmente lo era.

CAPITULO XII

El cadáver de Edward Tunney estaba siendo introducido en Ia ambulancia por los camilleros.

Mudos testigos de Ia escena, el teniente Cramer, el sargento Bishop y Barry Stevens,

Un par de minutos después, Ia ambulancia emprendía el regreso a Los Angeles.

Barry suspiró.

—Aquí ya no hacemos nada, teniente. Será mejor que nos marchemos nosotros también.

—Un momento, Stevens.

—¿Sí, teniente?

—El sargento Bishop irá en su coche.

—¿En mi coche...? ¿Por qué? —preguntó Barry, tan extrañado como el propio Jerry Bishop.

—Desde este momento, no se separará de su lado.

—¿Qué...? —respingó el reportero.

—¡Teniente! —exclamó Bishop, respingando también.

—Usted a callar, sargento. Yo le ordeno que no se separe ni un instante de Barry Stevens y usted se limitará a obedecer.

Bishop pareció que iba a protestar, desoyendo la advertencia de su superior, pero finalmente no dijo nada.

Barry Stevens sí dijo algo:

—Bromea usted, ¿verdad, teniente?

—No, estoy hablando muy en serio, Stevens. El Doctor X, como usted llama a ese loco asesino, le amenazó. Necesita usted protección. El sargento Bishop se la proporcionará.

Barry sacudió la cabeza.

—Eso es un disparate, teniente.

—¿Por qué?

—El sargento Bishop no simpatiza conmigo, usted lo sabe. Si nos deja solos, tardaremos un par de segundos en pelearnos.

—Menos —rezongó Bishop.

—¿Lo oye? —sonrió Barry.

—Está decidido, Stevens. El sargento Bishop será su protector.

—Me niego rotundamente.

—No sea cabezota, Stevens.

—No insista, teniente. Será inútil.

—Está bien, le asignaré otro detective.

—Excelente idea, teniente —aprobó Bishop, sonriendo de oreja a oreja.

Cramer le dirigió una dura mirada y Bishop borró rápidamente la sonrisa de su cara, emitiendo un carraspeo.

Barry dijo:

—No quiero protección, teniente Cramer. Ni la del sargento Bishop ni la de ningún otro detective. No la necesito.

—¿Le gusta jugar con fuego, Stevens? —masculló Cramer.

—No es eso, teniente.

—El Doctor X ha matado ya a dos hombres. ¿Quiere ser usted Ia tercera víctima?

—Yo estoy advertido, teniente, y ellos no.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que al Doctor X no le será fácil sorprenderme, porque estaré alerta en todo momento. Y tengo conocimientos de defensa personal, teniente.

—Aun así, sigo opinando que...

—Lo siento, teniente, pero tengo muchas cosas que hacer —dijo Barry, y se introdujo en su coche.

—¡Stevens! —Llamó Cramer—. ¡Espere, maldita sea!

El reportero hizo oídos sordos y se alejó rápidamente en su coche.

* * *

Alrededor de las once, Barry Stevens abandonaba la redacción de El Eco de Los Angeles.

Montó en su coche y se dirigió al apartamento de Doris Remick.

A buena velocidad.

Estaba deseando tener de nuevo entre sus brazos a la atractiva modelo publicitaria.

Aunque lo de casarse con ella...

La quería, sí.

Pero no la querría más por el hecho de estar unidos en matrimonio.

Matrimonio...

Una palabra que nunca le había gustado.

A Doris, en cambio, parecía encantarle.

Como a la mayoría de las mujeres.

En fin, ya se vería cómo acababa aquello.

El no deseaba casarse, pero si no había más remedio...

Todo antes que perder a Doris.

Minutos después, estaba llamando a la puerta de su apartamento.

Le extrañó que la joven no abriera.

Repitió la llamada.

Como Doris seguía sin abrir, Barry probó a ver si la puerta no estaba cerrada por dentro.

En efecto, no lo estaba.

Barry penetró en el apartamento.

Al ver las luces encendidas, dedujo que Doris no debía de haber salido.

Tal vez se hallaba en el baño, y no oyó sus llamadas.

Barry se dirigió al cuarto de baño, cuya puerta permanecía cerrada.

Entonces sonó el teléfono.

Barry dudó un instante, pero finalmente se decidió a tomar el auricular.

—¿Diga?...

—Buenas noches, señor Stevens —le respondieron, en tono irónico.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo del reportero, al reconocer la voz del loco asesino.

—Doctor X... —musitó, mientras en su cerebro bullían un millón de preguntas.

—Le sorprende mi llamada, ¿verdad?

—¿Cómo supo que...?

—Eso no importa ahora. Le llamo para decirle que tengo en mi poder a su encantadora amiga Doris, alias Sally.

Un segundo escalofrío recorrió el cuerpo del reportero, quien esta vez se quedó sin habla.

—No se habrá desmayado de la impresión, ¿verdad, Stevens? —rió Francis Klugman.

—No, no me he desmayado —pudo responder Barry.

—Me alegro.

—¿Por qué ha secuestrado a Doris? Ella no le ha hecho nada.

—Pero usted sí, Stevens. Me insultó. Y yo le juré que me vengaría, ¿recuerda?

—Me parece lógico que quiera vengarse de mí, pero no de Doris. Ella...

—Yo no deseo hacerle ningún daño a la chica, Stevens. Y no se lo haré, si usted sigue mis instrucciones —prometió Klugman, '

—¿Qué quiere que haga?

—En cuanto cuelgue ese teléfono, baje a la calle y suba a su coche. Antes de que lo ponga en marcha, recibirá nuevas instrucciones.

—Haré lo que me dice, Doctor X.

—Tiene treinta segundos. Si no aparece en ese tiempo, me marcharé y no volverá a ver a su amiga Doris. Viva, al menos... Pongo en marcha mi cronómetro —advirtió Klugman, y colgó.

Barry colgó también y corrió hacia la puerta, maldiciendo entre dientes.

Treinta segundos era muy poco tiempo.

No podía perder ni uno solo.

El Doctor X era un tipo tremendamente astuto.

Al concederle sólo medio minuto para bajar a la calle, impedía que él llamara a la policía.

Barry salió del apartamento como una exhalación y se lanzó escaleras abajo.

Alcanzó la calle y se sentó al volante de su coche.

Entonces, escuchó la siniestra risita del loco asesino.

—Veintiocho segundos justos, Stevens. Un magnífico tiempo.

El reportero volvió bruscamente la cabeza, porque la personalísima voz del

Doctor X sonaba a sus espaldas, dando la impresión de que éste le hablaba desde el asiento de atrás.

Barry abrió la boca, perplejo, porque en el asiento de atrás no había nadie.

—Puse un pequeño transmisor en su coche, Stevens. Mi voz le llega a través de él —explicó Francis Klugman.

—Muy ingenioso —dijo Barry.

—Ponga el coche en marcha y llévelo por donde yo le vaya indicando —ordenó Klugman.

El reportero obedeció.

* * *

Un buen rato después, Barry Stevens detenía su coche frente a una casa grande y destartalada.

El Sedán negro que le había seguido desde que él pusiera en movimiento su descapotable, se detuvo a unos diez metros de él.

—¿Hemos llegado, Doctor X?

—Sí —respondió Klugman.

—¿Salgo del coche?

—Sí.

Barry descendió del auto.

Francis Klugman lo hizo también.

Empuñaba un revólver del 38, y apuntó con él al reportero, hacia el cual avanzó. Se paró a unos cuatro metros de él.

—Por fin puedo verle la cara, Doctor X —dijo Barry.

—¿Y qué le parece?

—No me parece del todo desconocida.

—Apareció bastante en los periódicos, hace algunos años.

—Oh, sí, ya recuerdo... Klugman. Se llama usted Francis Klugman.

—En efecto—asintió el loco.

—Era usted un excelente cirujano. Lástima que le diera por cometer barbaridades con los cuerpos de sus pacientes...

Francis Klugman apretó las mandíbulas y sus pupilas tuvieron un destello de furia.

—No eran barbaridades. Eran experimentos científicos.

—Sus colegas afirmaron lo primero, y el Tribunal Médico que le juzgó, les dio la razón.

—¡Pero no la tenían! —Se exaltó Klugman—. Envidia, en cambio, la tenían a toneladas. Yo destacaba en el campo de la cirugía, y mis colegas no me lo perdonaban. Esa, y no otra, fue la razón de que el Tribunal Médico me prohibiese seguir ejerciendo mi profesión, aunque ellos dijeran que me lo prohibían porque mi mente estaba trastornada.

—Qué tontería, ¿verdad? —sonrió Barry, con ironía.

—Me vengaré de todos ellos. Uno por uno. Pero a su debido tiempo.

—¿Les extirpará el cerebro a todos?

—Sí. Pero no formarán parte de mi colección. En ella sólo tendrán cabida los cerebros de seres inteligentes, y ninguno de ellos lo es. Pero experimentaré con sus cuerpos. Para eso sí que sirven.

—¿Es eso lo que piensas hacer con el mío, experimentar?

—Sí.

—Tampoco mi cerebro es digno de figurar en su colección, ¿eh?

—Es usted un simple reportero. Bueno; pero reportero. En mi colección sólo figurarán los cerebros de los más importantes hombres de ciencia, como el profesor Kelly y el profesor Tunney.

—Ya. ¿Y cómo piensa conservarlos?

—¿Los cerebros?

—Sí.

—Sumergidos en una solución de formol.

—Solución de formol que, con el tiempo, se altera y pierde sus propiedades... —observó Barry.

—Antes de que eso suceda, se cambia y en paz. De ese modo, un órgano humano puede conservarse indefinidamente.

—Sí, claro.

—Bien, ya hemos charlado bastante, Stevens. Entre en la casa —indicó Klugman.

—¿Tiene a Doris ahí? —inquirió Barry.

—Sí. Custodiada por Kid, mi ayudante.

—Otra lumbrera, supongo.

—No, Kid no es un tipo demasiado inteligente, pero me sirve. Tiene lo que a mí me hace falta: fuerza física. Es muy alto y muy corpulento.

—O sea, que usted es el cerebro y Kid el músculo.

—Exacto.

—Vamos, doctor. Estoy deseando conocer a su fornido ayudante.

Penetraron en la casa.

Francis Klugman no dejaba de apuntar al reportero con su pistola, y se mantenía a prudente distancia de éste.

Lo llevó al sótano.

—¡Barry! —exclamó Doris Remick, al ver aparecer al reportero.

Estaba sentada en el siniestro sillón, los brazos y las piernas sujetos por las abrazaderas de cuero.

Barry sólo la miró un instante.

Lo justo para cerciorarse de que la joven no había sufrido daño alguno, pues no tenía señales de golpes y su vestido estaba intacto.

Luego, observó detenidamente al gigantesco individuo que se hallaba de pie a la derecha del sillón.

No pudo evitar un estremecimiento al contemplar su horrible cara.

—¿Es Kid? —preguntó a Francis Klugman.

—Sí. ¿Qué le parece?

—Debe de ser un pedazo de pan, no hay más que verle la cara —ironizó Barry.

El doctor Klugman rió.

—Tiene usted sentido del humor, Stevens.

El reportero volvió a fijarse en la modelo publicitaria, cuya palidez era alarmante.

—¿Estás bien, Doris?

—Van a matarnos, Barry... —murmuró débilmente ella.

—A ti no.

—A los dos.

—El doctor Klugman me aseguró que...

—Le mentí, Stevens —confesó Francis Klugman—. Morirán los dos. Y ya sabe cómo.

Barry apretó los puños.

—Es usted un sucio reptil, Klugman.

—Quítese la ropa, Stevens.

—No me da la gana.

—¿Prefiere que se la quite Kid? —amenazó Klugman, sonriendo.

—Que lo intente.

—Desnúdalo, Kid —ordenó Klugman.

El engendro humano fue hacia el reportero, con fiero gesto.

Barry se dispuso para la defensa.

Doris, aterrada, empezó a temblar en el sillón.

Pensó que lo mejor sería cerrar los ojos, para no ver cómo el gorila de Kid golpeaba al reportero.

Sin embargo, pronto advirtió que Barry Stevens sabía defenderse.

Esquivó hábilmente la primera acometida del engendro.

También la segunda.

Y antes de que se produjera el tercer' ataque de Kid, cada vez más furioso éste por no lograr alcanzar al reportero, Barry pasó a la ofensiva.

Una ofensiva centelleante, que sorprendió al hercúleo ayudante del doctor Klugman, bastante lento de reflejos.

El puño derecho de Barry se estrelló en la cara de Kid, con Ia potencia de una coz de mula, y una fracción de segundo después, el izquierdo se hundía en el hígado del engendro como un arpón ballenero.

Kid lanzó un bramido ensordecedor y se dobló como un garrote, oprimiéndose el machacado hígado.

Barry se apresuró a desdoblarlo, para lo cual disparó su rodilla derecha hacia arriba.

Se escuchó un espeluznante crujido de huesos y Kid se irguió en el acto, la cara llena de sangre, pues el demoledor rodillazo le había dejado plana la nariz.

Comprensible, pues, que el engendro humano aullase como si le estuviesen amputando una pierna sin haberlo anestesiado previamente.

Barry le soltó un trallazo en Ía boca y le partió ambos labios, el encogido y el otro.

Los aullidos de Kid se acentuaron, mientras escupía parte de su «barricada» dental.

Barry no le concedió respiro.

Le golpeó furiosamente en el pecho y en el estómago.

Y otra vez en el rostro.

Kid se tambaleó.

Barry se dispuso a colocarle un puño entre ceja y ceja, con cuyo golpe esperaba derribar al engendro y dejarlo sin sentido, pero entonces oyó chillar a Doris:

—¡Cuidado, Barry!

El reportero se dejó caer de rodillas, justo en el instante en que se producía una detonación.

Francis Klugman le había disparado, al ver que el musculoso Kid estaba a punto de desplomarse.

La rápida acción de Barry Stevens resultó fatal para el engendro, pues éste recibió en el pecho la bala destinada al reportero, justo sobre el corazón, y se derrumbó en el acto, quedando desmadejado en el suelo.

La caída de Kid, con el pecho ensangrentado, dejó paralizado unos instantes a Francis Klugman.

Instantes que aprovechó el reportero para lanzarse como un tigre sobre el loco asesino, al cual derribó violentamente, cuando ya éste apretaba de nuevo el gatillo de su 38.

La bala se incrustó en el techo.

Barry Stevens y el doctor Klugman forcejearon en el suelo.

El reportero intentó arrebatarle el arma.

Casi lo había conseguido, cuando Klugman accionó por tercera vez el disparador de su pistola, precisamente cuando ésta apuntaba hacia la cabeza del trastornado cirujano.

La bala le entró por la sien derecha.

Francis Klugman quedó súbitamente inmóvil, con los ojos muy abiertos y sangrando profusamente por la herida.

Barry lo soltó y se puso lentamente en pie.

—Prefirió matarse antes que caer en manos de la policía... —dijo, con la respiración entrecortada todavía por el esfuerzo realizado.

Se escuchó un sollozo.

Barry se volvió.

Doris había doblado la cabeza sobre su pecho y lloraba amargamente, entre violentas convulsiones.

Barry fue rápidamente hacia ella y la soltó.

Doris se abrazó a él con todas sus fuerzas.

—¡Ha sido horroroso, Barry!

—Tranquilízate, Doris. El peligro ha pasado ya. Ese loco de Klugman no

volverá a extirpar más cerebros humanos... —dijo el reportero, la mirada fija en los tarros de cristal donde, sumergidos en una solución de formol, permanecían los cerebros de Michael Kelly y Edward Tunney.

EPÍLOGO

Barry Stevens dejó a Doris Remick en el apartamento de ella y luego fue en busca del teniente Cramer, a quien halló, como de costumbre, acompañado del gruñón del sargento Bishop.

Les informó de lo ocurrido y luego los llevó a la casa del doctor Klugman.

De allí, el reportero se dirigió a la redacción de su periódico, donde estuvo trabajando casi dos horas.

Sobre las tres de la madrugada, Barry llegaba al apartamento de Doris.

No pulsó el timbre.

Había acordado con ella que entraría sin llamar.

Barry abrió la puerta y penetró en el apartamento, una de cuyas luces permanecía encendida: la del living:

Allí estaba Doris.

Tendida en el sofá.

Plácidamente dormida.

Barry se acercó a ella y se sentó en el borde del sofá.

Contempló durante un tiempo el hermoso rostro de Ia modelo publicitaria y luego se inclinó sobre ella, besándola tiernamente en los entreabiertos labios.

Doris se despertó en el acto.

—¡Barry! —exclamó, rodeando el cuello masculino.

—No he podido venir antes, cariño.

—No importa, estás aquí —sonrió la joven, y ahora fue ella quien le besó. Luego, dijo—: ¿Has comido algo?

—No.

—Te prepararé unos emparedados.

—No, déjalo.

—Debes tener un apetito feroz, Barry...

—Sí, pero no de emparedados, sino de otras cosas —hizo saber el reportero, comenzando a acariciar atrevidamente el cuerpo femenino, que se estremeció, acusando las caricias.

—¿Has pensado lo que te dije, Barry? —preguntó Doris, sin frenar las manos de él.

—¿A qué te refieres?

—A lo de nuestra boda.

—Qué perra has cogido con eso —rezongó Barry, que la estaba besando en el cuello.

—Quiero que seamos marido y mujer, Barry.

—Y yo. Pero más adelante, ¿eh?

—No, más adelante, no; mañana mismo.

El reportero respingó.

—¿Tan pronto.,.?

—Sí. ¿Qué respondes?

—Maldita sea...

—Eso no es una respuesta, Barry.

—¡Naturalmente que lo es!

—¿Ah, sí...? ¿Y qué significa?

—¡Que sí!

—¡Barry! —exclamó Doris, radiante de alegría, y se abrazó fuertemente a él.

Barry Stevens se mostró mucho más atrevido que hasta entonces.

Sabía que ya podía.

Que Doris Remick no pondría objeciones.

Y así fue.

No las puso.

¿Cómo iba a ponerlas, si aquellas manos que tan hábilmente la acariciaban, eran las del hombre que ella quería y que antes de veinticuatro horas sería su marido?

FIN